

Contemplación de los misterios del Rosario

Jesús Martínez García



*A pesar de ser lo más real, no lo veo:
mi alma, tu gracia, mi pecado;
Eres Tú mismo para mí misterio.
Dame tu luz, Señor, y ver lo arcano.*

*Saber, aunque esté ciego;
saber vivir el tiempo que me has dado.
Corresponder; que tu cariño
no me resulte extraño.*

*Seré vidente de lo invisible
si Tú me llevas de la mano.
La otra se la daré a mi Madre
en los Misterios del Rosario.*

Índice

1. El misterio de la existencia
2. El misterio del compartir
3. El misterio de Navidad
4. El misterio del sacrificio
5. El misterio de la obediencia
6. El misterio de la amistad
7. El misterio del mal
8. El misterio de la superficialidad
9. El misterio del hombre
10. El misterio de la Cruz
11. El misterio de la alegría
12. El misterio del camino
13. El misterio del Amor
14. El misterio de la rosa azul
15. El misterio de las estrellas

Presentación

Desde el nacimiento hasta la muerte, pasando por el amor y el sufrimiento, la vida del hombre está transida de misterio. Es misterio también Dios y su relación con los hombres, relación que hemos de conocer, pues la verdad del hombre se desvela en el conocimiento de Dios hecho hombre.

Un rosario de misterios son también los Misterios del Rosario. *Misterios* se denominan porque, con esos gestos y palabras, Dios obra y descubre realidades sobrenaturales. Él nos habla en la Persona del Verbo encarnado y a través de las circunstancias que rodearon su paso por la tierra. Pero lo hace de modo misterioso: su sentido no es explícito, sino que se precisa una disposición en el alma y una ayuda del Espíritu Santo para entender. Es el Espíritu divino quien da a conocer quién es en realidad Jesús, quién la santísima Virgen, y lo que cada uno de los quince misterios suponen para Dios, para la Iglesia y para cada persona en particular.

Dios nos habla de este modo no para sorprendernos o confundirnos, sino para adaptarse a nosotros, pues de otra manera nos sería imposible conocer esas realidades. La consideración de los misterios del Rosario puede llevarnos a la contemplación amorosa, a entrar en sintonía con Dios, y a vivir según sus designios.

El estilo poético que en este rosario de misterios se emplea, evoca, sugiere, abre ángulos de perspectiva, señala detalles, permite al lector poner de su parte. Cada uno está dividido en dos tramos; en general, en el primero se introduce en la escena, y en la segunda parte se añaden otras reflexiones. Son puntos de vista; cada cual ha de tener el suyo, de acuerdo con el Evangelio. Importa mucho considerar estos misterios donde se enmarcan las decenas, para que el Rosario sea lo que debe ser: camino de contemplación de Dios y orientación para nuestra vida.

Si la oración es el acto más propiamente humano, la contemplación amorosa de Dios es el fin de todo hombre, varón o mujer. El itinerario de la oración comienza con las oraciones vocales, se enriquece y perfecciona en la meditación, y culmina en la contemplación (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2700 y ss). San Juan de la Cruz la define de esta manera: “La contemplación es ciencia de amor, la cual (...) es noticia infusa de Dios amorosa, que juntamente va ilustrando y enamorando el alma, hasta subirla de grado en grado hasta Dios, su Creador, porque sólo el amor es el que une y junta el alma con Dios” (*Noche oscura*, II,18).

Esa mirada de fe persistente de Dios es un don divino, que Él da cuando hay una disposición de caridad en el alma. La caridad, explicó san Pablo a Timoteo, “nace de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera” (1 Tm 1,5), y se esfuerza en buscar a Dios (oraciones vocales y

meditación). Dios se hace presente a quien posee pobreza de espíritu, a quien Le busca porque tiene necesidad de Él, como el ciervo busca el agua fresca.

Al alma contemplativa todo le habla de Dios: las personas con que se encuentra, las cosas con su belleza o cualquier suceso. Es referir continuamente todo a Dios, y saberse mirado constantemente por el Amor. Es algo que está al alcance de todos, si se sigue el itinerario, si no se tiene prisa al rezar y al resolver las cuestiones; se disfruta y saborea el momento presente, que se ve con sentido de eternidad. La vida así vivida –con Dios– llena de paz, de gozo, de esperanza.

1. EL MISTERIO DE LA EXISTENCIA

La encarnación del Hijo de Dios



Amanece en lontananza. El lucero matutino anuncia la proximidad del sol. Nazaret despierta al canto del gallo, hace frío. La muchacha sale de casa y se acerca al arroyo. Vuelve, con el cántaro lleno y sus manos húmedas. En casa, algo más que una gruta, en la leve luz del interior junta el agua con harina para hacer el pan.

De pronto siente la presencia de alguien que no es hombre ni mujer, le sorprende su condición sobrehumana. “Buenos días, María. No temas”. La conoce; de alguna manera es de la familia. ¿Era su ángel? Si no lo era, lo será a partir de ahora: el suyo –Gabriel– irá siempre asociado al dulce nombre de María. La sorpresa deja paso a la confianza, propia de los niños. “Has hallado gracia ante el Altísimo, y quiere que seas la Madre del Salvador”.

María baja los ojos, le turba el abismo, el alcance de tales palabras. Verdadera mujer, queda afectada, asombrada, asomada al vértigo de lo infinito.

Es una decisión de Dios, un plan previsto. Por la llamada –que es luz en la inteligencia– otea lo que será su vida. Y es fuego en el corazón. ¿Dios y yo? ¿El Altísimo y la que no es nada? ¿Y cómo será esto, si no conozco varón, si mi propósito es el don total a Dios?, pregunta.

Dios enseña sus cartas. El ángel le revela ¡a ella! el misterio de la Santísima Trinidad. Es la primera en saberlo. Gabriel calla y espera la respuesta. Se ha hecho el silencio; el silencio creador, no el vacío. María contempla el misterio y goza. Mientras... Dios espera. No tiene prisa el Eterno. Su decisión es enorme. Para Dios, la humanidad y para ella. El ángel, respetuoso, ni alienta. Nunca dependió tanto de una decisión de entrega.

No es la duda, no es el cálculo lo que le impide hablar, es el fuego de su corazón, porque el Amor se ha acercado. Ella lo llamó con el pañuelo de su oración, y el Amor –como paloma– se ha posado en la rama de su mano. Y está aquí. Tan deseado. Por las naciones, por tantos siglos. Y por ella, está aquí. Él, Elohim. Yahvé-Dios. ¡El Amor! Es el momento de Dios. De Israel. Es el *kairós* de su vida. ¿Cómo decir algo distinto al “sí, quiero”?

No se puede no amar al Amable; no se puede decir no a quien se ama por encima de la propia vida, el único que merece todo. Y aunque se sabe pequeña,

frágil, ante el beso de los rayos del sol se abre como un tulipán a la inmensidad de Dios. La respuesta, lógica, generosa, cae de sus labios como por su propio peso: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Para esto he nacido, y rebose alegría por haber descubierto. Mi alma se da cuenta de las maravillas del Señor. Que se haga en mí como desea. Es lo poco que puedo dar, aunque es mi todo. Me dejaré llevar, donde Tú quieras, como Tú quieras. Mi futuro ya no me pertenece, soy tuya. De tus manos fui formada, como Adán, como una Eva. Y ahora entiendo que me hicieras como soy: para darle la vida a mi Señor.

El ángel desaparece. La estancia sigue tal cual. Siente el frío en sus manos húmedas. Sigue en silencio, de pie... en la quietud del ángelus. Fijos sus ojos en la masa de pan sobre la mesa Y en su cara sencilla, se dibuja una sonrisa eterna.

Sin prisa, saboreando las palabras que acaba de escuchar; acostumbrada a escuchar... Ya no será lo mismo, aunque nada parece haber cambiado. Siempre será la Virgen, pero en su vientre hay un fruto del que es tres veces Santo, Sol de Justicia.

Afuera, tras la ventana, no está sola la estrella de la mañana. Ya todo es distinto porque ha aparecido el resplandor del sol naciente que ilumina la tierra; segunda primavera de la humanidad.

* * *

En toda vocación hay un ángel que con su palabra o su ejemplo remueve nuestro interior. Toda vocación es proyecto divino, decisión anterior a su conocimiento; ilusión de Dios por elevar a quien le entiende. Voz que se intuye y da miedo ante el infinito; vértigo ante el Amor cercano.

No es humilde el humildico que no se atreve a alzarse hacia la verdad y el amor infinitos, que se conforma con su verdad y con objetos pequeños a los que amar y por los que ser amado. La *parresía* debe dar el salto de la audacia, pues para eso nos hicieron así, no para vivir achicados, canijos. Es humilde el que se sabe nada y se deja llevar por la trascendencia de Dios.

Él abre una puerta y desea que pase. La puerta para conocerle. Y en el umbral se plantea el dilema de la vida, tomar la decisión irrevocable, utilizar la libertad para aquello que nos fue dada. Para eso nacimos, para decir que sí al Amor, para hacernos esclavos suyos. El fruto de la libertad con la gracia es santo, así se engendra la santidad. De otra manera, se escuchará desde el infinito: “No os conozco” (Mt 25,11). La vida inútil, para siempre.

Juventud es riqueza, esperanza, sed de algo grandioso. La vida se intuye como la gran oportunidad. Moneda que no se debe guardar, sino invertir en lo que puede apaciguar esa gran sed del corazón: porque hemos nacido para el amor, eterna juventud.

La vocación es luz y es fuerza de Dios Espíritu que empuja hacia el bien, hacia la perfección, hacia la santidad. A que uno mismo sea la obra acabada, trabajo de orfebrería, por donde corre la vida divina y se va imprimiendo, como en una moneda, la efigie de Jesús. Para eso hemos sido diseñados así, para saber abrirnos por la humildad a la trascendencia. Cara y cruz de nuestra vida, lo que nos

aguarda. No se echa cuentas si compensa la entrega. No se calcula cuando se ha encontrado el Amor.

Dios espera. Es darse cuenta de que ha llegado el momento pensado por Él; y tomar la decisión sin prisa. No para sopesar qué se deja, sino para considerar Quién llama a la puerta del corazón. Dios no quita, da; no desune, une; no empobrece. Pero hay que tener esa disposición de entrega de lo que más cuesta, de lo que más duele. No es dar un tiempo, echar una moneda en estanque de los pobres quedándose en la orilla, sino darse uno mismo, perderse en la aventura de alta mar.

El amor es decisión de amar y sentimiento. Es no querer vivir ya para uno mismo, sino para Aquél que nos amó primero; que se acercó, murió y resucitó para llevarnos al Cielo.

Misterio de la vocación divina, irrepitible nombre, única cara conocida; es don, simiente de Dios en la arada del alma; que se va gestando, fabricando en la entraña con la información, el ambiente, la circunstancia. Requiere fortaleza y la piedad es el agua. Fruto que hay que recoger en su punto, manzana madura; entrega cuando Jesús llama; tomarle de la mano, si se espera mucho, se pasa. El que tenga un amor que lo cuide cada día como la mejor ganancia.

Tan importante fue el momento del primer Ángelus para Dios y para todos, que quiso se conservara a lo largo de los siglos y a lo ancho de las tierras. Momento sublime de contemplación en medio del trabajo o del descanso. Instante en que le recordamos a María, agradecidos, su Sí a la vocación.

2. EL MISTERIO DEL COMPARTIR

La visita de María a su pariente Isabel



Portadora de Dios es la Virgen, primer sagrario viviente, en su viaje hacia Ain Karím, donde vive su tía abuela que, según le dijo el ángel, espera también un niño.

Sol deslumbrante sobre los montes blancos, la chicharra martillea el aire desde el arbusto, el calor sofoca la cara de quienes van en carreta o caminan a pie. María, con permiso de sus padres y la voluntad de José, partió en la primera caravana que salía hacia Jerusalén, cuanto antes, para ayudar a su pariente anciana Isabel.

A ratos camina sobre las piedras que arden, a ratos descansa en el carro. El velo asombra sus ojos, recogidos en oración. No hay rocío, sólo polvo y calor en el camino la primera vez que sale en romería la Virgen vestida de pastora en ayuda de quien lo ha menester.

Llega y nadie la espera. Por eso el encuentro es más intenso. Abrazadas joven y anciana, corazones que palpitan al unísono. Juan, no nacido, nota la presencia del Mesías, ya lo anuncia dando saltos de alegría. Isabel descubre a la madre de su Señor –¿también recibió ella un mensaje?–. Las manos tendidas, prendidos los dedos, se miran a los ojos. ¡Tres meses estarás!

La sonrisa y el donaire de la joven alegran la vida de la anciana. Tú serás siempre para mí niña pequeña, no sabes el bien que me haces con sólo tu compañía. Bendita seas. Y en un acto de fe que traspasa el sagrario, Isabel reconoce el misterio divino: “Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre”.

María guardaba su secreto en el corazón y al escuchar esta señal –Isabel lo sabe–, su corazón se desborda en el *Magnificat* bendiciendo al Señor. Necesitaba decirlo, proclamarlo, compartirlo. No es falta de humildad reconocer los dones divinos –lo es no reconocerlos o atribuirlos a uno mismo–, y que la llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque Dios la ha hecho humilde, y ella es así.

Su tía entiende, por sus palabras, que no son pobres ni ricos sociales, sino la calidad de las almas lo que le interesa a Dios. Y por este canto de alabanza –retrato espiritual de María–, descubre Isabel por qué Dios la ha escogido como Madre de su Señor: “Bienaventurada tú, que has creído, porque se realizarán las cosas que te han sido reveladas por Dios”.

Creer es saber, es modo de conocer. Es sabio quien se fía del que dice la verdad, es necio el que se fía del que dice mentira o no sabe lo que dice.

Misterios del Rosario, misterios que Dios revela por puro amor, para que el hombre se incorpore a los planes divinos, a la vida de Dios. Misterios de fe para el que cree, nada para quien no. La vida del que cree y obedece se transforma. Vale porque Dios la hace valer.

Creemos a Dios, ¿cómo no vamos a creerle, si Él ha creído en nosotros antes, dándonos la libertad? Nosotros hemos creído y, por eso, hemos conocido el amor gratuito que Dios nos tiene. Nosotros hemos creído en el amor, verdadera existencia del hombre, nuestro origen y destino.

Vivir es amar, o no es vivir. Con el amor todo sirve, todo vale; sin amor, nada. Somos imagen divina, fruto de su amor; la vida cristiana no es sino participar en él. Creer es dejarnos amar, llegar a amar en su amor. Conocernos como Dios nos conoce, gran tarea. Amarnos a nosotros mismos como Él nos ama, como debemos amarnos; difícil cosa que sólo se logra en la obediencia.

Dios, que es Amor, se derrama en sus palabras y gestos de salvación, Y el hombre, imagen divina, ha de volcarse en los otros, en Dios –el primer prójimo– y en las demás personas. Amar a los otros, compartir, desprenderse de las adherencias del egoísmo, es demostrar que uno ha creído en el amor que Dios nos tiene.

Somos sus amigos si cumplimos el precepto que nos dio. No basta la fe, la doctrina; sino la práctica, que es su expresión. Sólo en el amor vivido se conoce cómo es Dios, que salió desde los cielos para ser amigo, don.

* * *

Es eso lo que hace que Ain Karím sea la plaza de la concordia, de la comprensión, de la solidaridad. María, hija de misericordia, bien criada es sensible ante la necesidad ajena, ante la propia familia, ante los abuelos, ante los necesitados.

En ocasiones lo único que se precisa es una sonrisa, una mirada, un tomar la mano, ¡una visita! Sentirse acompañado, sentirse querido, que le importe a alguien. La compañía. (¡Qué bien lo sabe Jesús en el Sagrario!)

La vida es peregrinación hacia la casa del Padre, romería a la casa de la Madre. Camino de perfección, que se alcanza perfeccionando a los demás. Portadores de Dios, eso somos. ¿Se nos conoce como los que hablan de Él? Con nuestras palabras y con nuestros gestos.

Obras son amores, obras de caridad. Enseñar al que no sabe, acompañar al enfermo y todas las demás. Es muy cómodo, muy egoísta, vivir la vida para sí mismo. Es muy pobre ser rico de sí. La riqueza del corazón se adquiere dando, dándose. Parecerse a Dios, que es quien da más, quien se nos ha dado del todo.

Es el Amor, el Espíritu quien lleva a María. Es quien nos impulsa a servir a los otros. El apostolado es señal de poseer a Dios, de que la palabra se hace vida; la fe, obras. Hay que salir de uno mismo, visitar, abrirse. No quedarse encerrado, solo. Los demás me necesitan y yo necesito de ellos. Mucho. Todo.

Hasta cuando se ve un paisaje, se lee o se canta no se disfruta tanto si no se comparte con alguien. Sólo en la apertura al otro sale lo mejor de mí, lo que me hace grande, humano y divino. Sólo en la entrega, en el servicio, la persona se realiza como tal, y Dios nos bendice: bendita seas.

Molokai, Calcuta, cualquier Hospital. Los pobres siempre los tendréis con vosotros, y los niños, y los enfermos, en las familias, en la sociedad. No los marginéis, no os avergoncéis, que son tesoros del Espíritu, predilectos, que os darán ternura, cariño, humanidad, apertura hacia el Altísimo; alas para volar hacia lo propiamente humano lo espiritual, lo eterno.

La letanía le llama Consoladora, Auxilio, ¡Madre! No se improvisa ser sensible ante la necesidad ajena, es preciso un corazón grande, desasido de sí para tener tiempo para los demás, hoy. Espejo de jóvenes y mayores, donde se aprende a gastar la existencia aunque cueste, sin pedir nada a cambio.

Todavía queman los pies de los caminantes las piedras, y el aire en verano es fuego donde no hay sombras. Canta la chicharra para memoria perpetua, para que no se olvide que ese camino –que discurre agreste entre barrancos calizos e incómodos– lleva una dirección: la caridad.

Y, mientras se camina por ahí, surge –como agua fresca– la contemplación. Así se encuentra a Dios. Así es como Él paga. Porque Él es el enfermo, el anciano, el indigente. Desde entonces, los pobres de Yahvé serán, también, los pobres de la Virgen.

Primera romería de la Virgen bendita. Ahora nos toca a nosotros hacerla: ir a verla a sus ermitas, y ser nosotros ella, para los necesitados, en la visita.

3. EL MISTERIO DE NAVIDAD

El nacimiento de Jesús en Belén



Suena la campanilla en las bóvedas del Cielo. Por pasillos se arremolinan y aparecen en la balconada los ángeles. Se está acercando el momento. Siempre están alegres los ángeles porque viven contemplando al Santo-Santo-Santo, pero hoy más.

Desde hace nueve meses el Verbo del Padre, su Imagen perfecta y eterna, no está aquí, salió de viaje para hacerse Palabra. En la baranda larguísima de oro celeste, de millones de pisos en anfiteatro, comentan los ángeles y miran hacia la tierra. Sus ojos observan, estrellas de la noche.

Y en su altura contemplan un camino de Galilea que baja hacia el sur, hasta Jerusalén, la gran ciudad santa; con su castillo de Herodes que parece de cartón y sus tiendas de acampada, como un gran circo en las afueras,

de gentes que han acudido a empadronarse por orden del emperador.

De allí parte, a poniente, un camino hacia Belén, donde nació David, el Rey amigo de Dios. La uña de luz que es la luna hace brillar el río de papel de plata arrugado del año pasado. Entre el musgo, un reguero de tierra asciende por el puente de corcho y papel, que arquea sus piernas para no mojarse en el río. Cruzando el puente, un hombre lleva de la mano un ronzal, y sobre el burro, María.

Lejos de la gran ciudad y del pueblo: el silencio. Sólo se escucha el canto de un grillo, única compañía de los viajeros, que a una gruta han arribado.

También se hace el silencio en el Cielo. En el estrado celeste aparece el Espíritu del Padre –y del Verbo–, y el Padre del Hijo, Origen del Espíritu. Los ángeles hacen reverencia y aguardan. Notan que el Padre está emocionado. ¡Qué ilusión tiene Dios! De ver al hombre en su Hijo. Como el día en que creó a Adán.

José entra en la gruta. Sale y ayuda a bajar a María. Ambos entran en el portal. Los ángeles no ven nada, porque dentro hay un candil, luz débil. Hasta que ese hombre, fuera de la cueva, solo, junto al borrico, levanta la cara y los brazos, abre las manos, reza. Y ellos observan cómo Dios mira, escucha y ama a su hombre abnegado, generoso, obediente, fiel con el que ha podido contar para el inicio de la gran misión.

Silencio. Hasta el grillo se ha callado. “Cuando un silencio apacible lo envolvía todo, y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu omnipotente palabra, Señor, vino desde el trono real de los cielos” (Sb 18, 14-15). Y en el silencio –como siempre– se escuchó la voz de Dios, en el sollozo de un Niño.

Estalla un grito guerrero en el Cielo. Son los ángeles que miran al Padre, al Espíritu y al Hijo, hecho niño, allá abajo. Miradas al estrado y a la gruta. Notan como si Dios acercara los brazos intentando asir a su Hijo, y una lágrima resbalara de sus ojos. ¡Cuánto le ama!

Los ángeles, emocionados, rompen a cantar desde cada punto de luz por barandillas, por pisos, por jerarquías; por soleares, el primer villancico: “¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor!” Paz a todos: Dios ama a todos porque Él es Bueno. ¡Paz! Eso desea Dios a los hombres. Es el fruto de la humildad, del orden, de la armonía, del amor. Y que los hombres no tienen desde el gran disgusto.

Se ha roto la ley de la gravedad, el orden de las estrellas se va de las manos. Se rasga el cielo y hasta se ve desde la tierra a los ángeles y se escucha su canto: “Santo, Santo, Santo; bendito el que viene en nombre del Señor, hosanna en el cielo”. Es el gran Prefacio que anuncia la vida intercesora de Jesús ante el Padre por los hombres, que culminará en los misterios dolorosos y gloriosos de este Niño que ahora nace.

Navidad es alegría, misterio gozoso que explica el sentido de nuestro nacer: alabar a Dios Padre, por el Espíritu Santo, con nuestra vida corriente, tejida de alegrías, trabajo y cruz, hasta nuestra muerte y resurrección gloriosa con nuestros propios cuerpos, en una vuelta hacia Dios Padre, de cuyas manos salimos, retorno al origen de nuestra vida.

A arrebató siguen sonando en el Cielo las campanas y los coros angélicos. Como por resonancia, el grillo ha vuelto a grillar desafortunadamente.

Raudo, volando, un ángel desciende y se detiene en la rama de un almendro, para dar la noticia a unos pastores que descansan: “¡Dios ha nacido! ¡Id a verlo! Está en pañales, porque es un niño”.

A lo lejos, por oriente, una estrella nace. ¡Ha nacido una estrella! por alguien importante. Vayamos a verlo, se dicen los magos. Estrella que anuncia el mensaje por Oriente, porque esta buena noticia es para todas las gentes.

* * *

“Y la Madre estaba en pasmo de que tal trueque veía; el llanto del hombre en Dios, y en el hombre la alegría” (San Juan de la Cruz, *Poesías*) En el portal es alegría todo. ¡Qué fácil es rezar así! Contemplar al Verbo desde su humanidad; hablar con María y José.

María lo sabe, Teresa y Josemaría también. Y nosotros podemos comprobarlo: ¡qué bueno es José! (Estos dos místicos trataron de manera particular a san José y difundieron su devoción. Cfr. San Josemaría, *Santo Rosario*, tercer misterio de gozo)

Navidad no es un cuento; es una de las claves, entorno donde se debe desenvolver nuestra vida. Fija la mirada en Jesús, meternos en la Trinidad, sabernos amados por Dios –hijos suyos–, en compañía de María y de José, y de los ángeles. No son palabras bonitas que se oyen sentados plácidamente en el banco de una iglesia.

Nuestra vida es diálogo, y si no hablamos con las Personas divinas, con las celestiales y con esas personas humanas, hablaremos solos, escuchando el eco de nuestra propia imaginación, en la locura de la soberbia.

Todo es bello dentro de esta noche buena. Aquí nadie piensa en sí mismo, todo es don: desde el Niño, la manta, la miel y el requesón. Todos los invitados quieren cantar: desde el grillo –única campanilla de la tierra, que se ha colado por el suelo de la humildad–, hasta el último pastor. Pero el sonido de sus voces, de guitarras y panderetas se va apagando por el volumen que sube y sube; que baja de la multitud de gargantas del órgano celestial.

Sólo una madre llora; cabellos color ceniza, largos como la historia. En su estancia de espera, llora de alegría, Eva.

Desde aquella mañana en que Dios vio que era muy bueno lo que había creado, nunca había estado tan cerca el Cielo y la tierra. Gracias a una piedra pequeña, fortísima, ¡un niño!, que con sus hombros sostiene la historia –la de cada uno–, y une lo divino y lo humano: un Niño que es Señor. Niño lindo, ante Ti me rindo, Niño lindo, eres Tú mi Dios.

Tiempo de la noche, tiempo de silencio, de encuentro a solas con Dios. Alejado el ruido, pensamientos de lo efímero. Oración es mirar a Jesús, es llamar a Dios ¡Padre!, es vivir en el Espíritu Santo. Es lo más propio del hombre. Por eso hay noche cada día, para recuperarnos de los sueños de la vida. Para ser más humanos, más divinos. Ensayo del último sueño, encuentro definitivo con Dios.

¡Vuelve, Navidad, vuelve! que quiero al Niño adorar, y ser por toda mi vida ese grillo del portal.

4. EL MISTERIO DEL SACRIFICIO

La purificación de nuestra Señora



A los cuarenta días de nacer, Jesús es presentado a Dios en el Templo, y en público a los hombres. Todo es de Dios, porque todo es don recibido. Los primogénitos son suyos de manera especial, bien lo sabe toda madre, que la vida es regalo. Hay que ir al Templo a darle gracias y a rescatar, porque Dios lo devuelve, lo vuelve a dar. Desde la liberación de Egipto es así, para que quede claro lo bueno que es Yahvé.

Todo es de Dios, también lo que más ilusión nos hace. Él nos lo deja en posesión, pero no es nuestro en propiedad, que no lo olviden los padres: sólo Dios es el Señor. No te apropies de lo que no es tuyo: ni tu alma, ni tu cuerpo, ni tus padres, ni tus hijos, ni tus amores, ni tus cosas. Y sobre todo, lo que más aprecias: tú mismo. Tienes Dueño, por eso el primer Mandamiento.

María, la Primogénita, la más amada, sin pecado concebida y sin pecado vivió. Pero a pesar de ello, la Ley le obliga a purificarse por la impureza legal de la sangre del parto. No necesitaba expiar porque el pecado ni la rozó.

Pureza del agua: sin color, sabor, ni olor; es para lo que fue hecha: para dar la vida al árbol y para lavarle la cara. Sin pretensión de perfume, sin la malicia del vino, ni disfraz de colorete. Flota mientras salta en cascada, rueda en la ola del mar, espejo que refleja montañas; de mil formas, pero agua. Natural como ella es la belleza de la persona humana que está en el cuerpo como expresión del alma; pura, como gota deslizando en el cristal.

Con el tiempo, el polvo de los días va empañando las aguas de ese río que somos, y necesitamos purificarnos, para volver a ser espejo donde se refleje bien la imagen divina. Simeón y Ana, ya ancianos, representan esos siglos de desgaste del pueblo y de espera al Redentor, y, al ver cumplidas sus esperanzas, alaban al Señor.

El anciano, con el Niño en brazos –qué hermosa manera de hacer oración– expone que llegó la luz, la cura; el bisturí que dividirá y aclarará las disposiciones del alma según debe comportarse el hombre ante su Dios.

María limpia, sin mancha ni doblez, valora lo que supone la mentira, el daño que hace y eso le hace sufrir. Jesús viene a poner la espada, a luchar la guerra, a no dejar en paz las aguas estancadas, comodonas.

Prepárate –se le augura– a sentir herida el alma, viendo herido al Hijo de la luz, de la verdad, de Dios y tuyo. Has venido al Templo a purificarte, has de saber desde hoy que tu vida será reparación.

* * *

Para ver es preciso tener sanos los ojos y descorridas las cortinas. Para moverse el barco necesita soltar amarras y arrancar las costras del casco. Para ser verdaderamente libres y amarnos como Dios nos ama, necesitamos ser liberados, purificados de multitud de afectos que inmovilizan nuestro corazón.

Laocoonte atado, así se ve cada uno. Sujetas sus capacidades: la memoria, la curiosidad, la imaginación; y los sentidos externos: tacto, oído, olfato, vista y gusto. Gran minusvalía de tantas y de tantos que se detienen aquí y ahora a gozar sin orden, pureza o sobriedad.

Nos cuesta hacer el bien, sin dejarnos arrastrar por lo que gusta. Madurez y personalidad suponen disciplina, violencia a uno mismo, sobriedad. Todo sistema moral ve como necesario el autodomínio, el ayuno, el gusto se ha de domar. El cuerpo –nervios y afectos, placer y emoción– se va donde le apetece, y necesita razón que le oriente, y voluntad. Dirigir o ser llevados, he ahí la cuestión. Que cuando pasen los años y se produzca la inflexión, no tenga que arrepentirme porque escogí lo mejor.

A la virtud de la castidad se accede, siempre, desde la humildad, para no mancharse, o limpiarse si hay necesidad. Virtud humana, que, por ser divina, no se alcanza a pura fuerza –aunque fortaleza exige–; es don, regalo que agrada recibido de lo alto cuando humildemente se demanda.

Las cuerdas no son suficientes atadas frente a la caja, que precisan de tensión, ser por clavija apretadas. Sólo así acierta la melodía, porque la intención no basta. Y así es como alaba a Dios, afinada, la guitarra.

Tres clavos en la madera, la Cruz; clavijas que fortalecen el alma. Para que el espíritu esté pronto –de la noche a la mañana– a alabar y servir, a lo que dicte el amor; y adormilar el cuerpo, las sensaciones, si no hacen falta; para que el espíritu no duerma el sueño de la ilusión vana.

No es problema de fe muchas veces, lo sé; que se trata de pereza, de falta de esfuerzo, de dejarme llevar por lo del momento. Dar culto, ser sobrio, casto, educado no es cuestión sólo de ideas, se trata de un resultado: de repetir en virtud, y así es más fácil lograrlo. Preciada facilidad que impide el estar atados por el gusto, como cáncer, que nos dejó el pecado.

Precisamos de purificación interior, no estar pendientes de chucherías ni ofuscados por el reducto descanso; para tener ordenados los afectos, sin pender de cosas, ilusiones y planes que pasan, y se dejan después, juguetes arrinconados.

Mortificación necesaria, desnuda la espalda, le duele al langostino –cuaresma anual– dejar el caparazón, para crecer, si no, muere. Color de niño que nace, que llora porque está vivo, siente. Dejar eso que cuesta, lo lícito –no ya el pecado, que mata o hiere– sino para crecer y amar se acepta desprenderse.

Vida espiritual que aumenta ante la mirada sugerente, respuesta positiva de amor al amor que llama desde la cruz, espalda doliente, a dar la vida a quien acepte. ¿Por qué no se avanza a veces? Por no dar al gusto muerte, por amarse como no conviene. Por querer estar vivo así, fenece.

María, llena de gracia, en su concepción alcanzó lo que todos aspiramos tras una vida de esfuerzo. No necesita purificarse la mujer nueva. Libre, modelo; nada le ata a la tierra, y se da, una y otra vez se entrega, única manera de vivir en plenitud, pensar en los demás y no en el yo, indispensable para no perder, y mejorar en la vida entera.

5. EL MISTERIO DE LA OBEDIENCIA

Jesús perdido y hallado en el Templo



Preocupación de padres al llegar la noche y el hijo no está. ¿Perdido? Dos días de angustia. Dolor por no haber sabido cumplir un encargo divino. ¿O es que ha llegado el momento y Jesús ha echado a volar del nido? Doce años esperando que pasara algo... Y así de repente, sin avisar... Vuelven a Jerusalén, y en el Templo les espera la sorpresa.

El misterio de su marcha no se desvela con el encuentro, y ante el dolor de su Madre, que le expone sufrimiento se hace mayor el misterio. Primera vez que nombra al Padre, ahí está la respuesta. Se descubre la cortina, y al otro lado, la obediencia. No les pertenece, ni se pertenece a Sí mismo. El templo con sus sacrificios sugiere la vida que les espera.

Jesús se va de casa porque tiene otra, otras cosas que sacar adelante. Sorprende a sus

padres al irse y más en su contestación segura, sin pedir permiso, sin pedir perdón, como el hijo o la hija que formó familia, como quien se entregó a Dios.

Desde ahora, ¿lo han perdido para siempre? No. Jesús vuelve con ellos, como si tal cosa, como el mejor hijo obedece. Pero, ¿cuándo volverá a marchar? Es misterio de gozo el quinto, saber que tienen a Jesús con ellos, hasta que el Padre lo quiera. Dolor porque es aviso de su misión. Algún día se irá, más, mientras tanto, el gozo de su presencia.

Egregios doctores, dedicados por años a investigar la palabra divina y a conocer sus caminos, se asombran ante un niño de una aldea que hace preguntas interesantísimas, y sus respuestas lo son aún más. Demuestra agudeza, profunda sabiduría de la Ley, como si conociera la explicación última, como si poseyera la mente de Dios. ¿Quién es su maestro? ¿No tiene? ¿Quién es Jesús?

Ya lo sabrán en su momento. Mensajero del Padre, su Pensamiento, se ha hecho Palabra de Verdad. Ya sabréis lo que os dirá. ¿Recordáis qué enseñó en los tres días aquellos? Pensad, porque os está dando unas claves. Os deja tiempo, unos años, medidad.

Jesús ha crecido de repente, ha dado un giro brusco a su vida, otra dirección. Y de pronto la sorpresa retorna sobre sus padres: vuelve el timón de vuelta a casa, con ellos, a la vulgaridad de la carpintería. ¿No tienen prisa los genios, los enviados para comunicar todo, tensos porque no les llegue la noche antes de

acabar su invento? ¿No es fiebre la de quien quiere demostrar al mundo y a sí mismo sus talentos? ¿No estará Jesús perdiendo su tiempo

Señorío, sin prisa, porque su mismo vivir es revelación del amor del Padre. Viviendo redime, viviendo predica, sin necesidad de milagros o palabras. En él, cortar maderas es un testimonio tan alto como resucitar muertos.

Tres años de luz, treinta de silencio. No es lo importante hacer mucho, brillar, sino lo que se lleva dentro. No el recorrer mucho camino, sino hacia dónde y con quién se va. En Nazaret, Jesús no está desaprovechando su vida, no está traicionando su misión porque está obedeciendo.

* * *

Perdido parecías, y el perdido era yo, buscando quién me dijera una palabra que no fuera quimera, una palabra en mi soledad. A tientas buscándote, verdad infinita, amor; buscándote por fuera y Tú estabas dentro, en mi bodega.

Parábola divina del hijo que marchó, y volviendo en sí, se dio cuenta de que alguien le esperaba: su familia, su padre, su casa. ¿Por qué, Señor, seguimos perdidos, después de veinte siglos mostrándonos el hogar? Buscar a Jesús es el inicio del encuentro, porque él ya salió hace veinte siglos en mi búsqueda, la oveja perdida.

Remad mar adentro –nos dices–, bucead en mis palabras y en vuestro centro. Descubriréis las manos que os tejieron en vuestra madre, dentro. Mientras las separo, en ellas vivís: vuestro tiempo.

Perdidos en la espesa selva agobiante y húmeda de preocupaciones, cuando sólo una cosa basta. Perdidos en la niebla de la ignorancia, y la verdad ya está de la mina a cielo abierta. Perdidos en el desierto de la soledad árida, cuando ya te has mostrado solidaridad y gracia. Necesito mirar al cielo, estrella Polar alta, el Templo, tu casa, punto de referencia. Misterio del hombre que no descansa hasta encontrar tu Palabra y tu Presencia.

Yo no temo a un Dios que enseña sentado, sin prisa, orientando, con el libro que Él mismo escribió en la mano. Ir a la Biblia, sus hechos, los Salmos; leer, meditar, lo que han dicho de Él los santos. Yo no temo hacerme preguntas comprometidas, últimas, radicales, porque Tú Señor eres Sabio. Ir a Ti, a que me expliques; la verdad no me asusta, si viene de tu mano. ¡Cuántas veces dijiste: No temáis, soy Yo, que bajé de lo alto! No temas pequeño rebaño, yo te guiaré; no estás solo, que soy Dios, el que contigo hablo.

Corrientes de Filosofía, tantas veces de viento helado. Idas y venidas, insatisfecha el alma, magias ocultas, oscuras sabidurías, opiniones curiosas, porque necesitamos algo. Buscando y buscando, corazón inquieto, dando vueltas y... Jesús sentado. Esperando.

Yo no temo a Dios que se hace hombre frágil, vulnerable, niño cercano. Temo más al hombre que se hace dios, poder violento y bárbaro. Herodes tantas veces capaz de masacrar a su hermano. Filósofo otras tantas que envuelve y ata la verdad reducida a su esquema enano. No se puede encerrar la verdad, no; pero

necesito al sabio que no haga conjeturas, sino que sepa claro. Yo no temo a Dios, sí a los hombres, a mí mismo, de donde viene el daño.

Jesús no da opiniones, afirma, y sobre lo opinable, no opina. Doctores de la Ley, filósofos y demás mortales, preguntad y escuchadle. Os quiere responder, y, sobre todo, daros conocimiento más alto, el de la fe.

Pueblo de Israel, pueblo de pastores. Desde Abraham a David, hasta en Navidad trabajadores. Su fiesta, la más importante, ofrenda de corderos y cabritos, la Pascua. Pueblo que entiende que su pastor es el Señor. Y Jesús les dice que él es buen Pastor, sus silbidos amorosos son sus signos, alimento de la paz, la dirección.

Su palabra el Evangelio, su mandato el amor, las Bienaventuranzas su testimonio, su destino la tierra perdida por Adán, la tierra prometida por el Señor a Abraham, a Moisés, al pueblo de Dios. La tierra prometida es el Cielo, aquello que busco yo.

Maldito espejismo de la soberbia que me induce a intentarlo mal; el brillo, el triunfo me engaña, querer pasar a la posteridad. Cuando lo mío es lo ordinario, la carpintería, la normalidad; ahí obedecer al Espíritu divino; ser como Jesús que pasa haciendo divino lo intrascendental.

6. EL MISTERIO DE LA AMISTAD

La oración de Jesús en el huerto



Luna llena, recortada en el cielo, blanquea la alfombra dura del huerto. Plata en las hojas de olivos viejos. Sombras de árboles retorciéndose de miedo. Luna color hueso, pan de ofrenda, veteadada en sangre hasta el tuétano; ojo encharcado a punto de llorar por el hombre más bello al que ve enfermo. Noche que oculta el dolor de su pecho. Tapia del jardín que estrecha el cerco, prensa de aceite aprieta al cordero. Gotas de sangre manchan el suelo.

Tiempo de reparar, le aplasta el peso de la humanidad, el pecado, abismo inmenso. Soledad de Jesús, el mal no deseo. Ausencia de amigos, de apoyos, y cae. El niño se arrastra hasta la falda de su Padre eterno. Corazón de madre en el que se hizo silencio. Es la hora de la prueba, y él responde: quiero.

Pescador de hombres, su red lanzada, el peso de la historia él sólo arrastra. Amigos buscó para darles la bienaventuranza. Jesús no puede soportar la carga, cae al suelo, la red se rasga: sobre él botellas de plástico, restos de merienda y tarta; bellotas y alcohol, de hijos que escapan de la mirada paterna, padeciendo resaca. Siente el frío, el suelo, el hambre de todos los perdidos que él aguanta. Él, Hijo del hombre, sabe lo que le falta al hombre para ser hijo: su casa. Y sabe la que le espera, la Pasión espanta, y el desagrado, lo que más le amarga.

¡Amigo, te necesito en esta hora mala! Bebe conmigo el cáliz, ten confianza... Los tres apóstoles, y los otros, con mala cara se van de la oración, de su vida sacra. No conocen a ese Hombre, ya no acompañan. Imaginaban el triunfo, en lo que con él se gana. No entendieron que dijo de padecer mañana, de entregarse y dar la vida para recuperarla.

Bravura de toro, fuerza, nobleza; Jesús arrastraba por su majestad, su cariño y sus palabras. Emociones, alegría, fervor despertaba. Nadie con él podía, ni con halagos ni amenazas. Pero en el huerto, los tres se miraron, ¿qué pasa? Le veían enfermo, herido por estocada, con gotas de sangre dobló las rodillas en la plaza. No advertían el filo doble del pecado, su daga: Dios ofendido y pervertido lo más noble del alma. Ven a Sansón sin fuerzas, la voz ya no le alcanza. Este Hombre es un misterio. ¡Si el hombre supiera cómo le ama!

Soledad de Jesús, amor incomprendido. Dispersas las ovejas: no han entendido nada. Mas al cabo de unos días, cuando vuelva, Jesús mirará a Pedro: Simón, ¿tú me amas? Pedro se pondrá a llorar, que es lo que más faltaba: más amistad de verdad, y menos palabras.

El beso. De suyo expresa cariño pero veces engaña. Hay besos mentirosos, asesinos del amor que traen consigo sufrimiento. Toda la Pasión será una amistad traicionada.

¡Amigo! Cara con cara, un beso; ojos mirándose a un palmo y ya no le ve, no recuerda al buen Jesús de la misericordia. Se ha hecho de noche en el alma de Judas, ya es muy difícil la conversión. Cuando hay traición, abandono, infidelidad las causas vienen de lejos: hacía tiempo que se durmió en la oración. No hay dudas pequeñas en cuanto a la fe, no hay juicios pequeños de desunión, no hay faltas pequeñas en el amor.

Noche de las tinieblas en el alma de Judas; noche de sombras, alargadas hasta la altura de los siglos sin fin... oscuras. Ciego eterno... por su culpa, por su grandísima culpa.

* * *

Jesús va al huerto a enseñarnos a no utilizar la amistad con Dios, pidiéndole que resuelva nuestros problemas, que haga nuestra tarea. Acostumbrados a que nos sirvan, a que Dios sea nuestro más poderoso servidor. Y a quien hay que servir es a Él, lo que hay que hacer es su voluntad. Adecuar la nuestra a la suya. Aceptar, amar sus deseos. Porque Él sabe más, y nos quiere mejor que nosotros mismos.

Soledad, bendita soledad, donde se puede hablar y escuchar a Dios. ¿Te aburres, te duermes?, pregunta. El sueño es lo único que puede vencer al amor. No es desamor el cansancio. Pero ¡ajo!, que es distinto del sueño de la tibieza, de los trabajadores que, mientras dormían, el enemigo sembró cizaña. El diablo sabe que le queda poco tiempo (Ap 12,22) y no duerme. Centinela, ¡alerta!, no te duermas. Velad y orad, es la consigna, para no caer en el olvido de la amistad de Dios.

A veces lo más real no se ve, no se capta sensorialmente, sólo la oración lo entiende: Dios, el alma, la gracia, el pecado. La eternidad. Lo que importa. Lo que queda. Jesús en su oración tiembla de miedo. Médico de bata blanca, se da cuenta del cáncer que la joven no advierte y sonrío prendada del regalo que le distrae, Jesús capta la profundidad del pecado, el daño que causa, única tragedia, destrucción. Sólo de pensarlo se pone de agonía. Porque ama.

Médico divino viene a la operación quirúrgica, y se someterá él mismo a la prueba para erradicar el mal del amigo; pero cada uno tendrá que valorarlo y llorarlo ante Dios, acudiendo al médico divino, el único que puede quitarlo, Cristo en su sacerdote, su otro yo.

Mientras, el mundo gira, sin importarle. Frivolidad, superficie, falta de soledad y oración, pérdida del sentido del pecado, del sentido religioso: la vida a espaldas de Dios. A espaldas del mañana –*carpe diem*–, de la muerte. La conciencia se nos dio para ver en nuestro santuario interior. Luz para ver las cosas como Dios las ve.

¿Me duele? ¿Por qué me duele el mal? ¿Por comprobar mis fallos, porque he quedado mal...? ¿O porque Alguien me puso en el mundo con una finalidad, que

me amó hasta el extremo, y yo... no quiero saber de amor, de obediencia y de Cielo?

No lo entiendo, piensa Pedro, mientras se escapa aterrado, con los vencidos hacia el helicóptero. Él se creía importante, guardaespaldas de Jesús, y huye. Una mirada atrás, que es un grito: ¡corre, sálvate!

Jesús, agotado, no da un paso, se queda ahí, como débil muralla, de cara a sus enemigos por alguien, para algo. Podría escapar y no se va. Esta vez se queda, ya se irá. Los enemigos ya llegan por entre los árboles de la selva, bandera roja de sangre y odio que no deja prisioneros. Jesús no se mueve, no deserta de su misión; no se salva, para salvar. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo. Sabe lo que le espera, y lo que espera el Padre, y lo que está esperando el mundo: ver la manifestación del Hijo de Dios.

Cuando todo haya pasado –el domingo–, muchos se unirán a él, no desertarán, combatirán la bellísima guerra de paz, de la salvación divina por los sacramentos, la oración y el martirio. Pero ahora... será horroroso el misterio de la Pasión.

Gracias, Señor, Amigo, por no huir. Perdóname porque yo sí lo he hecho... tantas veces. “Velad y orad para no caer en la tentación” da como lema; así no huiremos. Y le acompañaremos en esta hora que es el tiempo.

7. EL MISTERIO DEL MAL

La flagelación



Retumban los tambores cercanos retumba también la tierra, hierve la sangre, se encolerizan los cuerpos, se excitan y revuelven las ideas, se alzan contra el orden las pasiones y los pueblos. ¡Es la guerra!

Desde el Edén al Apocalipsis el adversario se ha armado, ha formado un ejército en orden de batalla y pelea contra los hijos de la Mujer el combate espiritual, que no se ve, pero siento su ley en mis miembros y sus consecuencias dolorosas de desunión y odio. El enemigo ha capturado al Capitán y tras la valla de alambre de espino, en el búnker de hormigón, habitación iluminada por desnuda bombilla comienza a descargar su odio sobre el bueno. Venganza, porque se atrevió a hablar de la verdad.

Prisionero sin derechos, torturado. Misterio doloroso. Vestido sólo por las muñecas, atadas a la argolla en la columna verde, de irisaciones grises, color de acero. A su espalda, dos pecadores se ensañan: maestro de azotes y aprendiz, esclavo de su pasión.

Tienes que lanzar la caña fuerte –le dice– para que los anzuelos claven y arranquen la piel; tira fuerte, que los escorpiones ararán la tierra hasta que se le vean los huesos. ¡Dale fuerte, mávalo! Se ríen de él en ese patio de los leones donde los mártires son despedazados. Soledad, tortura, trasunto del infierno.

La espalda, los brazos, las piernas, la cara: tiras de piel y de carne, amasijo entre las manos; bayeta de los suelos encharcada que chorrea sangre viscosa, que pringa. Da asco ver una cara amoratada, sangrante, desfigurada por el combate, labios y cejas hinchados, deportista exhausto.

Dolor indecible del humillado, del indefenso, violados sus derechos. Reza en su interior por los que se ensañan, sin un gemido, sin una queja. Imagen del santo Job dolorido, con la carne cayéndole a trozos por la lepra de los pecados. Rodeado de ángeles que de rodillas lloran, su Padre observa con cara seria. No es broma el pecado, como si no pasara nada como si diera igual.

Le ha salvado la toalla empapada ahora en sudor bandera blanca tendida por un centurión: ¡Basta! ¡no le matéis! –no es la piedad– para que pueda acceder al siguiente tormento. Jesús, sueltas las sujeciones, con un hilo de vida cae en el charco rojo de los pecados de los otros, su propia sangre.

Imagen plástica que Dios ideó para que supiéramos los hombres qué pasa al alma en pecado. Lo muestra para que le observemos, le miremos despacio, y entendamos. Se rasgue el corazón y rompa a llorar en lágrimas de amor. Dolor de amor por el inocente, enamorado que se ha hecho yo, mi lugar ocupa –he aquí el misterio– y me invita en silencio a tomar el suyo, que es el mío, para que así me haga Cristo.

* * *

Qué bien lo entiende el pueblo judío: cuando hay sangre hay crimen, hay delito que debe ser purificado. Sí, yo debo ser limpiado. Aunque el alma se ensucie como la grana, tintada por el pecado, como lana blanca quedará en el baño del Cordero desangrado que quita los delitos del mundo. El justo va siete veces a lavarse al río del perdón, porque siete veces peca. Con frecuencia quienes más se confiesan son los que menos pecados cometen, porque los ven con más claridad.

Dios espera al pecador, no es vengativo, le sigue amando; espera a que de rodillas llore su pecado, y de rodillas avance reconociendo su error y le pida perdón. Setenta veces siete, cuantas haga falta. Sabe de la capacidad de engaño y olvido del ser humano y espera con los brazos abiertos. Pero el hombre ha de querer volver al ejército del amor.

La vida no es un juego, el sacramento del perdón no es máquina de refrescos que tranquiliza el alma por unas monedas, Amor de hijo que obtiene el amor del Padre. No es un juego el amor, no es un juego.

Después del pecado de origen, el enemigo aprovecha las heridas para meter sus virus en la carne; garrapata que se agarra y horada. Desde la soberbia para no reconocer al Señor de los Ejércitos, la ira, el amor propio, el enfado, la pereza para no dar culto y hacer lo que se debe; la gula, la avaricia, la envidia y la lujuria. ¿Por qué, Señor, quisiste añadir este suplicio antes de tu muerte pudiendo haberlo evitado? ¿Por qué este plus? Extraña y misteriosa semejanza entre la flagelación y los pecados de la carne. Y lo que pecó la carne, debe repararlo ella. Nos ha dado ejemplo de reparación.

Ceniza del miércoles de Cuaresma recuerda lo que será el cuerpo –nervios, carne, placer de la piel–, salvo los dientes, quedará reducido a polvo. Nacidos para la eternidad, no para ser barro polvo que se lleva el viento. Ha de interesarnos lo permanente, el Amor de Dios y los amores verdaderamente humanos, no el pelo, la figura, la vanidad, el placer. Todo se pasa menos el Amor de Dios.

El diablo no cesa en su empeño y a quien se deja seducir le da un flagelo. Eso supone el pecado, intentar quitar a Dios aunque quien muere es el hombre. No hay término medio, quien no está con él, se pasa al enemigo. También el tibio, el perezoso para las cosas divinas niega a Dios sus derechos. Nos guste o no, ésta es la realidad porque estamos en guerra... espiritual.

¡Basta ya! No le golpeéis. No le pegaré más: mi vida pura, penitente. Dame, Señor, un corazón permeable a tu gracia, que se rasgue al verte sufrir –dolor de amor–, y tome la decisión radical de no volver a pecar y de hacer penitencia.

No hay más remedio que tomarse la vida así. Yo no lucho como quien golpea al aire, castigo mi cuerpo y lo someto, no porque sea malo, sino para ir amartillando

esos clavos que salen y se me clavan, por donde entra el enemigo en mi plaza fuerte. Traemos en nuestros cuerpos las señales de la pasión de Cristo. Y poseemos la gracia de Dios para vencer –como Lorenzo en la parrilla– el embate del fuego de los vicios.

Como el balón lleno de aire sobre las aguas, flota; y si se le intenta hundir en la profundidad, sube; cuanto más caridad se tiene más libertad se posee, menos cuesta la tentación, menos esclavo se es. Si el alma pierde la fuerza del Espíritu divino se hunde por su propio peso. Es lucha de amor esta lucha interior. Ante la experiencia de la propia debilidad, humillados al no mantener nuestros propósitos, contamos con energía superior, único remedio, la gracia de Dios.

Es la guerra del bien y del mal, del Espíritu y la carne. Y para esta batalla, medios adecuados que dan fuerzas espirituales. Solos no podemos. En la Iglesia –ejército de Dios– los tenemos. Es cuestión de querer (poner los medios); decisión radical –de vida o muerte– de no ceder a la tentación.

Guerra entre el agua y la sangre. Agua que bautiza el delito; aguas de la salvación y la sangre roja del pecado. Plaga de Egipto que intenta anegar el mundo, que no sacia la sed de felicidad. Gracia o pecado. Y contra el pecado, la gracia del segundo bautismo, la Penitencia; sacramento que inunda de amor, y lava del todo el delito.

Hay guerra en el mundo, sufrimiento, dolor cuando no se está con Dios. Hay paz en el corazón cuando se vuelve a Él, “porque sólo tú, Señor, me haces vivir tranquilo” (Sal 4,8).

7. EL MISTERIO DE LA SUPERFICIALIDAD

La coronación de espinas



Se va a proceder al siguiente tormento; de la crueldad de los golpes pasaremos a las burlas. Se van los jefes de la Torre Antonia para dejarles hacer a su antojo. No se vayan todos, por favor, que empieza la función. Y van llegando soldados para jugar con el preso en el patio de armas.

Aunque no sean las fiestas de Saturno, se jugará al *Basileus*— como aparece grabado en las losas del suelo—, con protagonista de carne y hueso. Durante su breve mandato todos han de obedecer al fante rey, y después se le ejecutará. Que traigan la clámide de color púrpura y antorchas para que brille más su humillación.

Sentado, abrochado el capote por delante, comienza la trágica coronación del rey. Casquete de espinas largas, agudas,

resistentes. Ceremonia macabra, uno a uno van desfilando, doblando la rodilla en señal de reverencia, gritando el saludo al emperador: “Salud, rey de los judíos ”.

Explosiona la risa contenida, y acercándose para besarle, le dan un tortazo. Otro le dirá el secreto que lleva dentro, y le pone escupitajo en su mejilla. Canciones de legionarios, bromas con los vencidos, con los juguetes, ya no humanos. Una caña. Eso, ¡hace falta una caña como cetro! entre sus manos atadas, sin derechos.

Hay que tener imaginación. Y el siguiente toma el palo y le parte la nariz como registrará la sábana santa. Ya se sabe, en este juego es posible en cualquier momento que la espada le atraviese. El siguiente. ¿Qué se le ocurre al siguiente? Con guantelete de hierro a la espalda, se acerca con cara de sorpresa. ¿No lo esperas? Y descarga fuertes golpes sobre la corona, que hiende y taladra. Hilos de sangre descienden por su la cara, desde las sienes al cuello, y, por detrás, la clámide se empapa. Más golpes, que se hundan más las púas, ¿no dicen que se ha hecho rey? Pues así le entrará en la cabeza que no lo es.

Simulan cortarle el cuello, y ganas no les faltan, pues el *basileus* ni una palabra exhala. Les saca de quicio que no tenga amor propio, o no ser capaces de alcanzarlo. Pero no pueden matarlo. El procurador manda sacarlo afuera, y así, tal como está, lo muestra a los que están en la plaza y a toda la humanidad: He aquí cómo queda el hombre, destrozo del pecado en el quien lo comete. Es él mismo quien se golpea, se suicida para la vida eterna al alejarse de Dios.

Jesús calla. Parece confundido. ¿Le faltan palabras? El electroencefalograma que las espinas envían registra que su cerebro está activo, y mucho más su alma. ¿En qué piensa? Piensa en todo el que contemple esta escena. He aquí el misterio, pues es amor pensar en otro el día de su cumpleaños, y nuestra vida es eso, cumplir años. Jesús puede decir a cualquiera que le ha conocido en el sufrimiento de su pasión. La corona le volverán a poner en la cruz sobre su cabeza, bajo el cartel notario que certificará su realeza. Allí estabas, en su corazón y en su cruz; Él te conoció en su sufrimiento, y en él, le conocerás tú.

* * *

Griterío, música, agitación, no te detengas para no oír el sonido de la conciencia que habla cada hora en el silencio; despertador del hombre para que piense. Espina de brújula que orienta, clavada dentro. Y no se quiere sentir. Colores, sensaciones; sin lo propio de la criatura racional y de la persona de fe. Sin convicciones, a merced de los vientos, a la deriva del capricho, de lo que apetece. ¡Como si la verdad fuera sentimiento! ¡Como si la fe consistiera en eso!

Y se cambia de religión o se cree en nada porque hoy siente eso –siempre se cree en algo, aunque uno no se lo crea–. ¿Mañana? Ya veremos. La vida para él es juego. Sin nada permanente. Sin Dios, sin hombre. Burlándose de lo que excede, como la zorra del cuento. Recurso cobarde de quien no está dispuesto a abandonar sus gustos, sus caprichos... hasta que ya no puede. El hombre hace lo que quiere, lo que puede. Pero al final hay un límite, y allí todos obedecen a Dios, aunque no quieran: el dolor y la muerte.

El infierno es necedad, mentira –dicen–. La risa del diablo... si pudiera reír. Porque allí todo es soledad, silencio. Silencio eterno. El diablo dice de sí que no existe. Miente.

Ecce homo. He aquí al hombre. Miradle, contempladle roto, deshecho. Mirad al hombre perfecto, retoño primero de la nueva creación. Modelo. Que enseña al hombre a ser hombre, de la tierra y del cielo. Es Rey de la verdad. Quien busque la verdad escuchará su voz. Pero no basta con oírle, saber que existió y qué dijo, sino escucharle, acoger su palabra. Mirarle de frente. Como Israel, el pueblo que está a la escucha de Dios que habla, para vivir como conviene.

¿No es burla a Dios no querer mirarle? Después del esfuerzo divino de siglos para comunicarse, después de enviar su Palabra hecha carne y decirnos: “Este es mi Hijo amado, escuchadle”?

El peor desprecio es no hacer aprecio, vivir de espaldas a Dios. Yo no me meto con Él, que no moleste. No sirve decir entonces que no se le clavan espinas, que no se le golpea con caña, que no me burlo; cuando se juega a la gallinita ciega y se pega. Dios habla, busca, en la conciencia, y hay obligación de buscarle, de seguirle, aunque sea a tientas.

La vida no es carnaval en el que uno se cree rey. El único Rey es Jesús, Señor de la historia, que mide al hombre con su verdad y juzgará según sus palabras. La vida no es un juego irresponsable, que dé igual. Cada cual debe hacer algo, aunque no guste; para eso es la conciencia, para eso la libertad. Hay muchos listillos en el

mundo que engañan, y creen que a Dios se le puede engañar; lo hacen a sí mismos, que es la mayor necesidad.

El camino del placer siempre es muy corto. El pecador tiene su momento de gloria vana. Y por delante una eternidad, ¡que de él depende!, de nadie más. De lo que haya hecho, sus obras. Necedad llama la Biblia al pecado, locura. La vida es para hacer algo, mucho. Todo. Única oportunidad. No para tener sensaciones en los ojos, en el tacto o en la afectividad.

Corona de espinas que hace ser realista; dolor de cabeza que ayuda a no vivir en la ilusión, a evitar juicios maliciosos, malos pensamientos. Realismo, eso necesitamos, y corazón.

¿Y los demás? No hacer aprecio son espinas que vamos clavando en quienes nos aman. Es tan fácil herir, con una pequeña púa... Recapacitar. Darse cuenta de que no cuesta tanto hacer feliz a otro. Con reconocer un detalle de amor basta.

Jesús coronado de espinas, despreciado. ¡Y es el hombre-Dios! Cada uno vale por lo que es, no por lo que tiene ni por su buena salud o su buena fortuna, sino por lo que vale su corazón, por lo que es como persona; es decir, por lo que es ante Dios. Jesús coronado de espinas –gran gesto–. En silencio piensa en lo que podemos ser si le escuchamos, si apreciamos sus gestos. Sus gestos y su voz.

9. EL MISTERIO DEL HOMBRE

La cruz auestas



Sus primeras palabras recogidas por escrito dejan claro a qué ha venido: “¿No sabéis que vine a obedecer a mi Padre?” Y eso pregunta a su discípulo: “Amigo, ¿a qué has venido?” Al mundo viniste a dejarte guiar por el Espíritu. No hay otro modo de cumplir la misión. No se puede vivir de otro modo la vocación.

Huellas de Cristo en la ruta de la humanidad. Obedecer, lo propio del Hijo, de los hijos de Dios. Seguir tras los pasos del Señor. No en general, sino apuntando, anotando, sin estar de vuelta, como niños, ajustando nuestro pie desnudo en sus pisadas en la arena húmeda de la playa, surco de nuestra vida, blando o duro según nuestra disposición.

Veo tus marcas según mi humildad. Acabas de pasar y pones el ritmo. Estás cerca. Cuesta alcanzar tu huella, zancada de Dios, se me

antoja larga. Seguirte, como Tú obedeciste al Padre, cuesta. Si no..., posiblemente no exista la obediencia.

Es fatigoso llevar el peso a pulso, la enfermedad, el trabajo, los demás, el cumplimiento de lo que toca, y más. Porque cada uno toma la cruz que quiere, a veces. Otras no; en otras no hay más remedio, como el de Cireneo: toda la Cruz de Jesús. Querer o no querer, he ahí la cuestión. La obediencia es eso, hacer lo que nos dice el amado, quien nos ama. El mejor ejercicio de la libertad. Libres para servir, para obedecer, para darnos, para seguir al Maestro. Sí, se puede ir sin cruz un rato, pero no se va a ninguna parte.

Cruz de Cristo, veleta que orienta, camino seguro de amor. La vida es camino hacia la resurrección, y la parada obligada de este tren es la estación catorce, y antes las trece: ser cireneo de Cristo, consolar a Jesús, desnudarnos de todo afecto desordenado, ser clavados y morir. Morir con Cristo. ¡Vayamos y muramos con él!

Porque decir obediencia y Cruz no es decir fastidio, sino amor. Amor de verdad, probado. Si me amáis, obedeceréis, caminaréis por donde quiero llevaros. La renuncia a uno mismo es lo que más cuesta. Uno no sabe lo que es ser hijo de Dios, y por tanto lo que es ser feliz, hasta que no agacha la cabeza bajo su yugo con él. Los dos. Porque su yugo es la libertad. Este es el precio de la salvación, de la felicidad: ser escudero del Señor.

Él –el inocente, el bueno–, camino del Calvario lleva el peso de la Iglesia entera, de las almas todas. Sin queja. La queja es no entender el para qué de la contrariedad, residuo del amor propio herido, falta de sacrificio; es la manifestación exacta de nuestro hombre viejo, de nuestra falta de fe. Ejemplo tenemos. Ocasiones muchas. Saber callar, saber servir toda la vida. En silencio.

Caída de Jesús al salir por la puerta de Efraím, sus fuerzas físicas le abandonan, no puede más. Lleva los maderos pero el cuerpo no aguanta. Tendrá que pasar el testigo a quien venga detrás, y éste a otro, así a través de la historia, procesión de Semana Santa larguísima de todos los mártires, de todas las épocas.

Al levantarse, desde allí observa el escenario de su combate final, el de la muerte, del encuentro con el Padre y la reconciliación. Hacia él se dirige, pero al primer paso vuelve a caer. No se sostiene en pie. Como si le hubieran cortado las piernas, se arrastra como un gusano. y han de llevarle hasta el Gólgota. Anonadamiento total, sin energías físicas. Querer y no poder. Es también obediencia.

* * *

Jesús frente a Pilato. Dios en el banquillo de los acusados, porque ha hablado de la verdad al hombre, y resulta incómodo. Sus palabras descubren la malicia y el engaño. Por eso se dicta sentencia contra él. Sentencia injusta. Desvalido, el justo sólo tiene como arma la verdad. Sabe que el que le juzga es el Señor.

Pilato frente a Jesús. El hombre queda al desnudo ante la mirada de Dios. Tal cual es, como el día en que nació, como estará después. Hombre, ¿sabes quién eres, de dónde vienes y adónde vas? Jesús sí lo sabe. Es la voz autorizada que enseña. ¿Quién es Jesús? El Hijo de Dios hecho hombre. ¿Quién soy yo? Puedo ser muchas cosas, pero estoy destinado a ser hijo de Dios.

El hombre frente a Dios. ¿Con miedo? ¿Por qué? El que teme algo debe. ¿Qué debe? Dios no echa en cara, no castiga de inmediato: pregunta y espera. Pregunta a Adán, a Caín, David, a quien le pega en casa de Caifás,... Y espera que el pródigo vuelva a casa para hacerle hijo. No temáis, dijo tantas veces Jesús, a quienes estaban con él. Quienes no lo estén, seguirán en el temor.

Sentencia de muerte, prepotencia de Pilato. Su única verdad. No pasa nada, dice el pecador, no hay Dios que me pida cuentas; Dios está ciego... para mí no existe. Pero el que está ciego es el hombre, al no ver la realidad.

¿No sabes que no tendrías el poder de la libertad si no te lo hubieran dado desde lo alto? Cada decisión humana es una sentencia que el hombre dicta sobre él mismo y sobre su futuro.

Jesús carga con mi cruz, la que fabriqué yo con mis miserias, para hacer penitencia por mí. Jesús lleva la Cruz, altar del sacrificio, porque es el Sacerdote. Quiero tomarla yo, hacer penitencia por mí, por todos; ser sacerdote de mi propia existencia en la vida diaria (Cfr. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*).

Cae una y otra vez. Se acerca al hombre, una y otra vez, buscándole, como el pastor bueno a su oveja. En el polvo busca a su criatura plasmada en el polvo, y, sin embargo, destinada a ser divina con él.

María junto al camino ve a su Hijo pasar, corazón de madre oprimido, aquel corazón en el que guardaba ¡tantas cosas!, y por las grietas de su dolor un mar de lágrimas aflora. Quítame, Señor, el corazón de piedra pómez y dame un corazón de carne, sensible a tu amor y a la malicia del pecado.

Desde la indiferencia, Simón tiene que tomar parte en la Pasión. Dilema existencial de alegría y fecundidad, o de desesperación ante la cruz. El de Cirene reconoce en ese prójimo a Jesús.

La Verónica limpia con el paño del polvo y descubre el rostro de Jesús. Ella no es esclava del qué dirán los demás. Los “sin rostro” llamaban a los esclavos, sin personalidad. Yo, cobarde, como todos aquellos que contemplan la comitiva, me escondo en el anonimato. No me atrevo. A ponerme delante de Ti y mirarte a la cara, no me atrevo. A ser piadoso ante los demás, no me atrevo. A enjugar los rostros de los que sufren, no me atrevo. Perdóname. Por Ti lo intentaré. Y Tú... me darás la libertad.

No acepta el Señor aquellas lágrimas sinceras de las mujeres de Jerusalén, prefiere las que florecen en la contrición y la penitencia, la ciencia de la cruz, sabiduría del amor. Es fácil la piedad sensible, conmoverse ante el paso de la procesión, para luego cambiar de calle y echar en olvido. Lo que él busca es la piedad sacrificada, el seguimiento de todos los días, el martirio sin ruido como profesión.

No hay mujeres entre los enemigos de Jesús, nada malo recibió de ellas; su corazón descubre antes al que es Bueno, y con su fortaleza ayudarán a Cristo en su redención.

Despojados de vestidos, honra y derechos: de todo; enseña al mundo lo que es ser libre y que la riqueza está en dar, en darse. Quien esto entienda será rebelde, revolucionario, y sólo le atará el amor.

10. EL MISTERIO DE LA CRUZ

Jesús muere en la cruz



Cae la maza sobre el clavo, destroza el sentido. Aguja en la muñeca, calambres en todo el cuerpo; grueso clavo para los pies, para que no recorra más el mundo. Elevación de la cruz, tensión física, dolor máximo. Entre el cielo y la tierra, el mar de silencio y el de la crueldad humana, le salpica la espuma del desprecio y del no aprecio. Dolor en los brazos, las sienes, en todo su cuerpo. Cristo leproso, descascarillado, se le ve la madera de su hueso. Se ha hecho deshecho, basura, donde se pasean las moscas que no puede quitar de sus ojos con las manos. Sus enemigos han conseguido clavarle las manos para que no bendiga al mundo, para que no haga milagros. Han logrado humillarle hasta que no parezca hombre, ante quien se vuelve el rostro.

Manso como un cordero, pisado como un gusano, ni se retuerce ya, mientras se desangra la víctima. Se bebe su propio dolor en silencio en la oscuridad de su alma, rota, hundida hasta lo profundo porque su Padre parece no estar. Para él era el lugar del encuentro de Dios y la humanidad. Él, con toda la lepra de la historia, expía ante su Padre, pide perdón por la humanidad asumida y resulta que el Padre no está, y los hombres se fueron de fin de semana.

Los niños malos son crueles, no miden, y gritan desde ahí abajo que se ha equivocado, ha sufrido alucinación creyéndose Hijo de Dios. Que venga Dios y lo salve, si es verdad.

Hasta ahora todo era lineal, Jesús decidía el lugar y el tiempo, y hacía milagro ante la falta de pan. La gente se preguntaba: ¿Quién es éste que hasta el mar y el viento le obedecen? Jesús era noticia, sorpresa, la novedad. Y ahora todo está en suspenso, ¿será verdad? ¿Por qué?, se preguntan los que le aman, ¿por qué le abandonaron las fuerzas? ¿Dónde está el Padre con quien hablaba, de quien se fió?

Todo está cumplido, todo está obedecido. Todo, Papá. Aquí estoy, como esperabas. Me cuesta verlo en cuanto hombre, pero sé que por aquí estás. Me has dicho que me lance, y al vacío voy. Abiertos los brazos, cerrados los ojos, nadador obediente, fiado en Ti, hasta el final.

Entregó el alma al Padre, en oración. Y su cuerpo, entregado ya en la cena, se estrelló contra la tierra, que no le esperaba.

María sabe y le mira. No puede decir el secreto. El pecado se ha de perdonar en la intimidad, donde se cometió. Ella sabe qué hace quien se aleja de Dios. Está expiando, junto a su Hijo, que es su Señor. No hacen falta palabras cuando se ama. Está ahí, mirándole, sabiendo cuánto ama él. ¿No os dais cuenta? Miradle. Ved qué amor tiene, qué obediencia. Os parece serpiente del paraíso, que trae muerte. ¿Y no veis el estandarte del nuevo liberador Moisés, que da la vida? ¿Tan ciegos estáis?

Si tuvierais fe, no os quedarais en el dolor de los nervios o de la depresión. Si mirarais a Cristo en su dolor, entenderíais cómo hay que obedecer al Padre, que hay que amar con toda el alma y con todo el cuerpo. Obediencia. Obediencia de la fe. La fe la da el Espíritu, y Dios da el Espíritu a los que le obedecen (Hch 5,32) Sólo así nuestra vida se entiende. Miradle, no volváis la cara, porque éste es el único signo que se nos ha dado, mano tendida del Padre, encarnación de la misericordia de Dios.

Junto a la Cruz de Jesús estaban, únicamente, quienes estaban junto a María. Como ahora. Como siempre.

* * *

Mirad al que atravesaron porque la belleza es armonía, es orden, es paz. ¿Qué tiene Jesús en la Cruz que atrae la mirada? Es el hombre más bello en el momento de la armonía universal, que atrae hacia Sí todas las cosas. En paz consigo mismo, como deseamos morir, momento culmen de la existencia. Jesús en la Cruz es el lugar en el que Dios se reconcilia con el hombre. Lugar espiritual donde cada uno se vuelve a encontrar consigo mismo, el nuevo Adán.

La cruz de Cristo no es primariamente patíbulo. Misterioso procedimiento de salvación. Es el amor incondicional, que todo lo excusa, todo lo soporta, todo lo tolera. Es el amor más grande y hermoso de la historia. Es la fuerza de Dios. La Cruz de Cristo revela la locura de amor de Dios por los hombres y el tremendo abismo que supone su alejamiento. Es la única respuesta de Dios ante el mal, ante el que se quiere ir, imán que atrae todo hacia Sí. Miradle.

¿Nos hemos merecido este sacrificio? ¿Seremos nosotros capaces de hacer otro tanto? No amamos lo suficiente hasta que no nos duele, hasta que, como él, no amamos demasiado. La vida es don gratuito, y sólo la merecemos cuando nos damos a quien nos la entregó.

De su costado perforado fluye el agua de la gracia que anega el fuego de los vicios, que limpia todas nuestras iniquidades. Costado abierto, puerta derecha del Santuario de Dios, cueva por donde llegar al *sancta sanctorum* de la contemplación, latidos del corazón de Cristo, alma en prensa de amor por el Padre y por los hombres. Roca de la que mana vida y dulzura, agua que salta hasta la vida eterna. Boca que besa a quienes se acercan, herida donde la vida empieza en quien se injerta. Refugio de las palomas, hogar donde el espíritu se aquieta.

Alma de Cristo sacerdotal, no tiene medida. Amó hasta lavar los pies a sus aprendices, y más. Hasta hacerse pan y partirse para los pobres, y más. Hasta

llamar amigos a los traidores, y más. Hasta derramar su sangre y convertir su corazón en una fuente, y más. Hasta hacer del sufrimiento una revolución, y más. Hasta hacer de la muerte una victoria, y más. Siempre más. Así nos amó.

Entonces se fue la luz para no estorbar aquel rato de oración. Oratorio era el Calvario con el mejor tema de meditación. Siempre la muerte lo ha sido y más la del Redentor. La luz hace ver el entorno, distrae de lo esencial. Lo que importa en este momento es centrar la mirada en la figura, en la cara, en los ojos de ternura, de compasión por quien vive y a quien mira. Oír sus breves palabras: atiende a Dimas, a los crucificadores, a Juan, a su Madre, y a su Padre Dios. Jesús ¿en qué piensa? en los demás, ¿en qué debo pensar yo? Vivo sin pensar ni en la vida ni en la muerte, sólo en hoy; ni en los otros, ni en Aquel que tanto amó.

Jesús, a cuya palabra el viento amainaba, se sonrojaba el agua, se multiplicaba el pan, volvía la vida al muerto. Ante cuya presencia el hombre temía, gozaba; que sabía de pescas, de aves del cielo y de la vida inmortal, su única defensa fue hablar al corazón humano de la verdad, está ahora muerto.

Amigo, enamorado, incomprendido, entregó el mejor don. Era rico y se hizo pobre para enriquecer, era justo y tomó sobre sí los pecados de todos, puso él las manos, la espalda, la cara para que yo no sufriera. El regalo de su amor. Pero el regalo, si no se acepta, no es tal. No es fracaso si yo recibo, lo hago mío, lo agradezco.

Cristo muerto, ante mí. Iré a recoger tu Cuerpo y las gotas preciosas de tu Sangre en el sacramento de tu amor.

Los amigos la rodean, de pie, con sus miradas; silencio religioso ante la Piedad sentada. Sobre sus rodillas, en la tela blanca, como aquella noche de canción alada de Belén, acuna al Hijo de sus entrañas. En su pecho reposa, ojos cerrados en su cara, sus brazos rodean al que ya descansa. Su mejilla ardiente en la frente helada. Canciones de cuna que antaño cantaba susurra al oído a su Jesús del alma. Duérmete mi niño, no te preocupe nada, ni los malos duendes, ni el perro que ladra; duérmete mi niño, anda, duerme con la nana. Yo estaré contigo hasta que despierte el alba.

Sepulcro de Cristo, urna de esperanza, sostiene la apuesta que hizo Jesús. Sagrario que contiene siempre la propuesta de Dios. Es noche con estrellas, silencioso preludio de la victoria.

Nadie le espera, ahora; sólo su Madre, acostumbrada a esperarle tantos días, tantas noches, de pie en la playa inmensa y claroscuro de la fe.

11. EL MISTERIO DE LA ALEGRÍA

La resurrección del Señor



María Magdalena camina en la noche, sin color en la cara, porque ha muerto el que daba vida a su existencia. A tientas busca en la oscuridad al amor de su alma. Lo ha perdido y llora su soledad. Jesús, resucitado, deja que le siga buscando, y cuando le encuentre no le reconozca.

–¡María! Sólo una palabra basta para que ella le descubra: su nombre, que es una llamada. Es el premio a su búsqueda. Por eso, porque amaba tanto y fue a buscarle contra toda esperanza, será la primera en tener la experiencia vital de saber vivo al amor de su alma, de ver al Resucitado cara a cara, contemplativa de amor, anticipo del Cielo.

La Naturaleza, como cualquier domingo, se despereza lenta, sencilla, sin sobresaltos, esta mañana fresca de primavera florida. El jilguero salta de rama en rama, afila su pico dando cabezazos, y silba trinos, como siempre. El agua del río discurre cantarina camino abajo, descuidada, dejándose llevar por donde siempre. Sólo anoche la tierra se estremeció de alegría despidiendo al Huésped que se dignó morar en su regazo dos noches: su Creador. La creación entera ha despertado con el sol, alabando a su Señor, como cada día, en obediencia sumisa, alegre, viva, y escucha al jilguero, como si tal cosa.

Los hombres, en cambio, entran en agitación. Idas y venidas hacia ese sepulcro vacío: soldados, mujeres, fariseos y apóstoles. También los fariseos acudieron, escondidos, a comprobar, antes de pagar la ingente suma de su apuesta perdida con Dios.

Se ha marchado, ¿a dónde? ¿Lo dijo? La noticia está en la calle, ya no hay secreto. Esta novedad conmueve a los hombres, porque hoy recomienza su historia. Desconcierto total, perdidos se hallan sus amigos. El Maestro era dirección, sabiduría, poder. Pero, a la vez, sorprendente, desconcertante, precisamente porque sabía demasiado, estaba a mucha distancia –siendo tan cercano–. Sólo había que hacer una cosa ante un Dios tan próximo: creerle, seguirle.

No busquéis un cadáver, ¿no lo habéis entendido? Jesús no es que pueda resucitar a Lázaro, es que él es la Resurrección. ¿Para qué habló Jesús? ¿Para qué nos habló Dios? Escudriñad las Escrituras, ahí está todo. Creed. Eterna dificultad

de cualquier hombre: si no ve milagros no cree. ¡No cree a Dios!, a pesar de los milagros.

El mundo se ha vuelto loco, la tierra va del revés. La muerte murió cuando cantaba victoria, la tierra en un instante se transformó en sol, los pobres ahora son ricos, felices son los que lloran, están vivos los muertos, y los que dicen ver son los ciegos. Y todo por un hecho insólito, comprobable: Jesús muerto, vendado y sepultado, ya no está. Lo había dicho y repite su eco la caverna: Creedme.

Algunos se empeñaron en matarle porque decía que era la luz, el camino, la verdad. Igual a Dios. Decían que estaba loco, le ataron y encerraron la luz en la cueva, colocaron guardianes a su puerta sellada. Fuerza del hombre que se empeña en contrariar la Naturaleza, los Mandatos del Señor, las Locuras de Dios. Y al amanecer, como Ley Eterna, la Luz escapó por entre las rejas, apenas nacida la mañana.

Cuando hay fe, cuando ya se sabe, cuando hay luz se ve todo de manera diferente. No era eclipse, no era hora de tinieblas aquella nube oscura que parecía impedir ver a Dios a su Hijo morir. ¿Dónde está Dios?, se decían. Era tiniebla y desierto el alma de Jesús en su hora. Pero la nube, como en el desierto con Moisés, no era sino la presencia de Dios. El Padre estaba allí.

Sí él debía obedecer. Su Padre lo estaba viendo, esperando la obediencia total. A Isaac le salvó la vida un ángel. A Jesús no. Allí no hubo ángel para que su pie no tropezara. Le salvó el Padre. Viendo su entrega, su postración total humilde en tierra –más abajo todavía, enterrado–, sus brazos poderosos lo arrancaron del suelo y lo elevaron resucitado. Su Padre no le había olvidado ¿cómo se iba a olvidar de su Hijo si no se olvida de hombre alguno?

No es día de tristeza, no. No busquéis entre los muertos, porque su lápida no dice “Aquí yace” sino: “Resurrección”.

* * *

No sabía la abeja la trascendencia de su trabajo oscuro, elaborado cada noche en el sepulcro de su colmena. Que brillaría sobre él la luz, signo de Cristo, luz de las gentes. No sabe la madre de familia, ni el panadero, ni el de la imprenta, que en la noria de su trabajo de noche brilla la luz de la santidad. No sabe la Magdalena lo que le espera cuando se acerca, candil en mano, en la oscuridad, pues se volverá radiante su cara –nuevo Moisés– a anunciar a los hombres el mensaje divino.

Son esas pequeñas cosas, hechas con el amor de Dios, colaborando con otros, como miles de abejas, que hacen que la vida no sepa a agrazón, sino a miel y panal. Y sobre todo, sean luz de esperanza, de encuentro, de resurrección.

Por un momento la tierra, oscuro y frío planeta, refulgió pareciendo estrella. Profecía de lo que será al final de los tiempos cuando se revista del Espíritu Santo. El hombre, mientras tanto, puede ser ya transformado, convertido en luz, en gracia. Pero hay que creer, y sobre todo amar, para vivir como resucitados.

El futuro del hombre no es el cementerio, no es quedar reducido a polvo que se esparce en tierra, como energía cósmica que no desaparece. Su futuro es la vida en la casa de Dios, resucitados, como hijos.

Hemos visto al Señor, hemos comido con él, nos ha hablado, le han tocado. Es el mismo Jesús. Pero su misterio está más aclarado. El que intuíamos, que era más que un hombre, ahora ya lo sabemos. Es el *Kyrios, Marana*, el Señor. Rey de la vida y la muerte, del tiempo y la eternidad, principio y fin de cada hombre, cuyo poder al de Dios es igual.

El nombre es como personificación, alcanza el fondo del ser, señala su poder, su naturaleza y su función. Se le ha dado un nombre sobre todo nombre. Nombre y poder, poder y nombre, equivalen. No hay más poder, no hay más nombre bajo el cielo dado a los hombres que pueda procurar la salvación. Poder misterioso por el que Pedro hará milagros en el nombre de Jesús Cristo. En su nombre predicamos. Es preciso que toda lengua confiese que Jesucristo es Señor.

No es epílogo la Resurrección de Cristo, que es comienzo de la nueva historia, de los hombres nuevos que pasan por la muerte de uno mismo, y entonces se revela en ellos el poder de Dios. Son hechos otros cristos. El bautismo les une a su muerte y participan de su vida. Muertos al pecado, mientras trabajan la tierra buscan las cosas de arriba. Ellos serán la luz, la puerta, el camino, la resurrección y la vida para muchos otros. Porque él vive en ellos.

La respuesta al misterio de Jesús está en la puerta del sepulcro abierta: ya no está. El enigma del hombre se desvela en la puerta de su corazón: cuando se da. Abrir las puertas al Redentor. Tenerlas siempre abiertas por la fe en la oración, los sacramentos, en la vida entera. Lejos la tiniebla, dentro luz, sinceridad, gracia.

Es hora de despertar y abrir las ventanas del alma, ha salido el Sol, ha comenzado el Día. Primavera recién recreada, renovada, fresca. Ya canta el pajarillo, su trino llena el valle, y el aire libre y frío desentumece la cara, aleja la oscuridad, los temores; pesadez y agobio de la cueva, de la anterior vida.

Esta es la absoluta novedad del cristianismo: la Resurrección de Cristo, y la del hombre introducido en un mundo nuevo, el de la gracia y la contemplación. El velo de la fe se interpondrá siempre entre Jesús en la Eucaristía y el Perdón, para que le busquemos y le encontremos por el amor. Y, siguiendo los pasos de la Magdalena, nos demos cuenta de que Dios está vivo, muy cerca; miremos su rostro y nos abracemos a sus pies para nunca separarnos de Él.

Más que alegría humana era la que sentían los que descubrieron al resucitado; no era por volver a ver al maestro, al amigo que se fue. Era la del converso que, al reencontrarse con Dios, descubre las manos de las que fue formado, el porqué de su vida, y en el presente el amor.

Sólo quien se empeña en librarse de mandamientos, de Cristo, de Dios no encontrará sentido ni a la muerte ni a la vida, ni al placer ni al dolor. No sabe qué es alegría quien desconoce el amor, no sabrá lo que esto es quien no se fíe de Otro, quien no renuncie a su yo.

12. EL MISTERIO DEL CAMINO

La ascensión del Señor a los cielos



Monte de los Olivos, ladera que da a Betania, la de sus amigos. Jesús promete el Espíritu a sus Apóstoles y les manda ser en el mundo sus testigos. Dicho esto, comenzó a elevarse, hacia lo alto, gesto del ave guía que dirige a su pueblo. Mientras, con sus manos extendidas, los bendecía, hasta que le ocultó una nube. Atónitos se quedaron aquellos varones galileos hasta que dos hombres de blanco les dijeron: “No quedéis pasmados mirando al aire, que debéis mirar al mundo, urge el trabajo. No os preocupéis, que volverá, como le habéis visto subir, sobre una nube”.

El hombre bendice a Dios con las palmas hacia el cielo; Dios bendice descendiendo sus dones de su seno. Y en su nombre el sacerdote bendice al pueblo cuando impone sus manos en los Sacramentos. Jesús, Bendición de Dios, Sumo sacerdote, bendice a los suyos que,

cabeza en suelo, le reconocen Señor y Dueño.

De Jesús sólo recibieron beneficios, todos quedaron en deuda, y a cambio... De Dios recibimos todo lo bueno: la vida, la naturaleza, el tiempo, la misericordia, la noticia del Padre y el Cielo. Falta sensibilidad para apreciar y agradecerlo. Como si el hombre fuera el artífice de su salud, de su alegría, de su futuro eterno. Y en cuanto le falta algo, se dirige con desapego a Dios preguntando por qué no es bueno. Somos injustos los hombres: si nos va bien no tenemos recuerdo, ni lo agradecemos.

El polvo se olvida de quién es, de dónde procede y a dónde irá su cuerpo: de las manos del Padre, adonde debe volver. Capacidad de olvido, inmadurez. Sólo dejan de ser infantiles los niños, los pobres de espíritu que miran hacia arriba, sorprendidos, aprendiendo; necesitados de bendiciones y del cariño del Padre, porque precisan de todo, y sobre todo la caridad, la esperanza y la fe. Por eso son los que aciertan, los niños, más de una vez.

Encrucijadas, propuestas de felicidad, se abren en la vida puertas, se recorren caminos y vuelta a empezar; intentos frustrados, dejando jirones, arrepentimiento. Algo se pierde cuando no se acierta a la primera en el amor, al menos el tiempo... Y el tiempo es el envase que hay que llenar. Camino que se recorre, aunque no se quiera andar.

Jesús se ha arrancado de sus amigos no a un tiro de piedra, sino a infinita distancia. Le cuesta dejar a los conocidos, elegidos, amigos por quienes dio su vida. Ha prometido volver. Se va... pero se queda, escondido tesoro para quienes tienen fe –Eucaristía, pan de caminantes–. Y un deseo: Que donde yo esté, estéis a mi vera, acompañándome. A ellos también les cuesta. Qué difícil es dejarle después de haberle conocido; qué difícil es decir adiós.

Nube que oculta a Jesús despidiendo su último paso en tierra, nube de la fe que se interpone siempre para que creamos, porque es mejor no ver físicamente. Ojos cerrados para saberle presente en su Palabra, en su Pan... Presente.

¡Nube de la ascensión llueve presencia divina!, acláranos la mirada, limpia las cataratas que nos impiden ahora creer, amar y esperar a Jesús en su segunda venida.

Cuando se fue, en suspense quedó todo en un instante, oscuro. Pero al verlo marchar algo se iluminó: la escala que asciende, la meta, Él; el sentido de la vida.

* * *

Jesús se acercó a los hombres, para que nunca ya tengamos miedo.

¿Miedo a Dios que envió a su Hijo, que les lavó los pies de rodillas en el suelo, que se puso en cruz, de acogida fue el gesto?: Ignorancia.

¿Miedo de Dios y alejarse como si fuera terrible fuego, sin separarse mucho tampoco, para no helarse, para no perder el sosiego?: Tibieza.

¿Miedo a Dios que compromete a vivir según respeto las normas de los hombres, a obedecer, perder la seguridad, a dejar el capricho; mejor ser ciego?: Egoísmo.

Hay quienes plantean su vida al margen de Dios. Y no se permite a los niños acercarse a Jesús, y está prohibido como conversación incorrecta hablar de moral, de camino verdadero y único; hablar de Dios, del alma y del pecado, de la muerte y del infierno para no ser dogmático. Está prohibido. Dios resulta molesto para el dios yo: Soberbia.

Tibieza, egoísmo, soberbia. Caminos que no conducen a nada. Y todo por ignorancia de quién es el hombre y quién Dios. El miedo surge por no enfrentarse con la verdad: se teme lo que se ignora. Jesús se pasó la vida andando y enseñando a caminar en la verdad, la verdad suprema: el Padre os ama.

Todos imitan a alguien que les sirve de modelo: un artista, un político, un cantante, un torero. Sólo hay uno que es camino y es Maestro, que se aventuró bien, eligiendo con acierto, única escalera echada desde lo alto para subir hasta el Cielo.

Su vida la presentan los evangelios en camino. Nacido en medio de un viaje, se perdió en una peregrinación, pasó tres años andando, enseñando –tercer viajero de Emaús–, hasta que fue a tomar posesión de su ciudad como Mesías. Y de Jerusalén lo expulsaron y le clavaron los pies para que no siguiera. Toda su vida es paso, pascua, acontecimiento salvífico, transformador, hasta la última zancada: el salto de la Ascensión.

No se fue el Alfa y Omega, no se quedó sólo en memoria, que, como sombra, acompaña: peregrino de la historia.

Nuestro paso por la tierra es camino hacia la nueva Jerusalén. Importa mucho y el todo entender de andar bien por esta senda, con él, para repetir en la nuestra la vida según la verdad de Aquél que es la Puerta, el Camino y la Meta.

Vosotros seréis testigos de mis palabras, testigos del gran milagro de la resurrección, testigos de que estuve en el mundo, testigos de lo que os ama el Padre, testigos de que soy Dios. Os hago luz de las gentes, vosotros seréis mis manos, mis pies, mi voz. Pequeños cirios que muestren la senda. Dad luz a los ciegos, y a todos calor. Vosotros seréis camino, verdad y vida si queréis... ser como Yo.

Vosotros seréis testigos de cómo amé yo a mi Madre. Si sois Yo, tenéis que coger el aire. Decídselo a vuestros hijos y amigos, porque cuanto más la amaren yo os lo agradeceré, que no hay cosa que más me agrade –por Ella, y por el bien que os hace–.

No tengáis pena, no tengáis miedo. Os espero... en el esfuerzo diario, en la compunción del regreso, a vera del Sagrario y tras la puerta del Cielo.

derecha de Dios llévame de mi mano con tu soplo, sugerencia que noto en el fondo del corazón, viento fuerte que impulsa mi nave, ¡ven para hacerme santo, apóstol santificador!

Suave brisa, brasa, calor; purifica mi mente y mi corazón, y descubra en mi profundo a Ti y tu voz; vea en los demás otros hijos de Dios y los quiera de la manera mejor: como Tú, con los ojos del amor. Saber amar, de verdad, no como pura pasión, sentimiento alocado, sin verdad ni dirección.

Ahora entendemos las Escrituras, lo que decía Jesús; ahora conocemos quién es él, vemos con sus ojos el mundo y nuestra propia existencia. Sabemos dónde está la fuente que mana vida y dulzura.

Pentecostés, bautismo de la Iglesia, en agua y fuego transformador, donde nacimos los bautizados. Fue él –el Espíritu divino– quien nos arrimó a las aguas vitales de la Cruz.

* * *

Os conviene que yo me vaya, para enviaros un Paráclito que os haga hijos de Dios, y seáis como yo. Os conviene que os envíe mi Espíritu para que cuando pasen los años no os olvidéis de mí.

Alfarero del universo, divinas manos que modelaron la tierra, redonda, viva. Ella se dejó hacer, produjo frutos y gira, obediente, en la órbita del sol.

Alfarero del hombre, que modelaste su cuerpo del barro de la tierra, y soplaste en él la vida para que dominara la tierra y obedeciera a Dios. ¡Qué pena que no quisiera y marchara en busca de otra órbita, de otro amor! Roto el jarro, se derramó la gracia, perdió Dios su amistad y el hombre se perdió.

Alfarero de Pentecostés, que de una sola hornada remodelaste aquellos vasos y los llenaste de Ti mismo con tu soplo nuevo; beso, fuerza de Dios.

Corazón divino abierto, amando en lágrimas de fuego, en tu Don. Herida abierta dejaste en el corazón humano con el soplete de tu amor. Experiencia mística, encuentro en la llama, ansia de Dios. De ser santo, de ser apóstol santificador.

Espíritu trajo a la tierra y deseaba verlo ardiendo en cada corazón. Por su herida abierta en la Cruz entrevimos su deseo transformador. Fue en la fragua de Pentecostés, fruto de la Cruz, cuando el hombre entendió qué él mismo ha de ser Cristo, metido en Dios. Sólo en el amor se conoce el Amor, en la experiencia mística, herida abierta; en el fuego del dolor.

Oh llama que vives de amor, lengua de fuego que a tu paso hieres, lamiendo la madera –como el agua la arena–, y ella va desapareciendo en cada encendido beso. Abrasa mi vieja carne hasta dejarla en hueso; inflama mi voluntad, ilumina mi entendimiento, transfórmame en santo, completamente nuevo.

Fuego que abrasa el muro de la ignorancia y del egoísmo; caridad que urge amar al Amado, que enciende la contrición y el celo por las cosas de Dios, amor a la Iglesia, y ayudar al necesitado. Viento que arranca del suelo, arrastra hacia el hontanar divino. Brisa que gime en el hondón del alma buscando, pidiendo, dando, ofreciendo la verdad y el consejo. Nostalgia de Dios satisfecha, plenitud de amor, de comprensión, de consuelo.

Bautismo de agua y fuego. Agua de la fuente divina que quiere inundar el campo que Dios sembró, y fecundar para dar fruto en su sazón. Necesito fortaleza, fuego destructor que rompa en mil pedazos la tajadera del canal, esa compuerta que cierro, con que defiende mi yo. Fuego que queme las yerbas y palos, inmundicia que se adhiere obstinadamente, que impide que Tú me puedas amar. Dame la herida de la compunción que abraza mis impurezas. Bautismo de agua y fuego, sacramento del perdón, ver el fango y lo que flota y arrancarlo con la contrición.

Brazos abiertos, manos desnudas, sin defensas en oración elevadas; extendidas para recoger el agua que viene de la bendición divina. Alas de paloma impuestas que traen la paz, abrazo, sosiego para quien no se reserva nada, todo lo da; y en él se derrama la gracia, el Don que el Espíritu mismo es. Sombra para el bochorno agobiante, manos abiertas, dulce refrigerio; calor, caricia amable cuando el corazón se hiela.

Cariño de madre, compañía, desvelo; saberse amado, mirado, cuando se levanta la vista o los ojos se cierran. Dios siempre al lado, más: dentro. La condición es no poner condiciones, recibir la gracia, dejarse llevar donde él quiera en cada momento por el divino instinto de quien bien le quiere.

Alfarero divino sigues moviendo la rueda, con tus divinos dedos redondeas la tierra vuelta tras vuelta. Día tras día en la noria del trabajo me esperas para limar aristas, dando la forma que Tú deseas: ser santo, por la obediencia. Trabajador infatigable, inasequible al desaliento, aliento mismo, fuerza eterna, delicada mano, como susurro aprietos. Me dejaré moldear dócil como la tierra. Eso soy, y con tu ánimo seguiré la carrera, vuelta tras vuelta, hasta que se rompa la cuerda... de mi vida, y dejemos, Tú y yo, el trabajo porque la obra esté hecha.

14. EL MISTERIO DE LA ROSA AZUL

La ascunción de María al cielo



Día de la Anunciación en el cielo es la Asunción. El ángel de María anunció al Señor aquella vez, y ahora Gabriel cumple su misión pero al revés, anunciando a Dios su llegada. La corte celestial está preparada para la boda de la princesa. Aquí no hay vírgenes necias, son todo ángeles alrededor de la Esposa, escogidos que acompañan en su ascenso a la predilecta.

Vida, muerte; dormida, en un instante despierta, resurrección; sin espacio ni tiempo, en la eternidad. Cuerpo, glorioso ya, de la mujer más bella, del alma más pura, que ya puede ver a Dios. Mira hacia arriba, al Esposo. Rodeada de ángeles, que la observan y cantan a la Madre de Jesús. Ella. La que Dios ama por sí misma, figura de gracia llena sobrenatural y humana. Belleza, ternura, delicada fortaleza. Mujer. Obediente, sin pecado, fiel, Santísima. María.

Vestido de fiesta azul, del cielo con las estrellas, orlado en oro, destellos del padre sol. Vestido mil veces pensado para el deseado encuentro con el Esposo, su Dios. Vestido de fiesta y boda, vestido de la Asunción.

La gaviota alza el vuelo, alto por su humildad; velas desplegadas, abandona esta orilla, la tierra. A alta mar, abismo inmenso, la eternidad, Dios. Muda y sin aliento queda la tierra. Alegría y lágrimas de la despedida, del triunfo, por la marcha de la propia Madre. Última mirada a sus hijos desde la otra vida. Se va. Ellas y ellos lloran al verla alejarse. Vestido azul ondea, pañuelo de despedida, cada vez más alto; globo escapado de la mano, mirada infantil de sorpresa hacia la altura. Tenía que ser así. Para eso nació la golondrina.

La cuestión no es morir o no morir, sino cómo. Irse de la mano de la Virgen, sabiendo que me esperan. La vida es muy distinta si se sabe a dónde se va y en la presencia del que todo lo ve. La vida es esperanza de algo, objeto total de la existencia. “Tanto alcanzas cuanto esperas” (San Juan de la Cruz, *Noche oscura*). Cada cual mire el qué. El cristiano contemplativo espera lo más alto, al Altísimo; no se conforma con menos.

“Volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance” (San Juan de la Cruz, *Poesías*). Neblí herido de amor que al cazar es cazado, trampa hermosa del amor que enriquece y eleva. Un día bajó la paloma a su mano, bajo la sombra del Padre, y

fue atrapada por el amor. Ahora es ella la blanca paloma que asciende, quien busca su posesión. Pero ahora, como entonces, la misma canción: es Dios lo que se posee, al ser poseído por Dios.

Todo lo mío es tuyo, dice el Padre a quien con sus obras le ha dicho: tuyo es todo lo mío, mi pobreza yo te la doy. Vestido azul, tejido con la mano del cariño, símbolo de toda una vida ofrecida en don. No es mucho, pero es todo, es lo que le gusta a Vos.

¡Ya viene, ya llega!, se escucha en el Cielo y sale a su encuentro el ejército alado. Gabriel, adelantado de la Luna escondida tras las nubes de flores del celeste almendral, lo anuncia. Se escucha el arrullo de la tórtola joven en la verde frescura primaveral, y detrás de las hojas se intuyen los ojos que mirando están. Ojos de paloma que atisban tras la celosía del cañaveral. Ya llega, está cerca, la centella que escapó de su jaula mortal.

Ven, Esposa amada, acércate sin temor. El frío de invierno es pasado, la esperanza y el dolor. El Amado sale a recibir, Gabriel hace la presentación, encuentro definitivo, lugar preparado por el Amor. Mirar y ser mirado, eterna contemplación; amar, sentirse amada en el abrazo mejor de Aquel que todo se da a quien ella todo se dio.

* * *

Muy altas han colocado sus imágenes en los santuarios, a mucha altura; de camino hacia el cielo, para que nuestra cabeza se alce y nuestra mirada sea jaculatoria en vuelo.

Pajarillos somos que Dios desea subir, santidad heroica, oración elevada, sin conformarse con ser ave de corral. A la cumbre que Él desea, a dejarnos conformar. Romper sogas o hilos, qué más da; quitar aquello que nos ata, que nos impide volar.

Paloma mensajera de la paz, de los cristalinos techos. Bandera para quienes quedan en tierra por los siglos venideros. Señal de verdadero amor a Cristo, ante quien se acude en busca de protección. Manto, cobijo, recuerdo, devoción, prenda de salvación. Vestido que se torna blanco, de todos los colores ante la luz; en Fátima y Lourdes blanco y azul; arco iris, puente que trae la lluvia de la gracia de Dios.

Flor de las flores, la rosa. No la toquéis, miradla, ella es así. Así la hizo Dios. Guardó su cuerpo puro y su alma, llama de amor; Inmaculada se la representa el día de su Asunción, día en que Dios recoge la mística rosa, intacta, incorrupta, hermosa. Mantiene su natural aroma, perfume de virtudes, y la fragancia divina que Dios añadió.

Rosa. Sin palabras, encierra todo lo que se quiere decir: amor.

Dogma de la Asunción de María afirma que en el Cielo está con sus ojos de carne, sus oídos, su lengua y su corazón. Que nos mira, nos escucha, acepta nuestro ofrecimiento de obras, y muestra su gran favor. No es idea, no es imagen, incluso no es devoción. Que es persona, alma y cuerpo, cariño y protección. Decimos mal en la Salve: “Vuelve tus ojos a nos”, porque ella nos está mirando

con esos sus ojos de sol. Levantar nuestra mirada, en el Rosario fervor, saber práctico; creer el dogma de la Asunción.

Una pluma azul se soltó de la paloma blanca y viene bajando, lenta, en mullido balanceo; pañuelo en vuelo que cayó de la ventana y se posó en el suelo.

Grande es su significado para mí este vestido, único equipaje que llevé en el último viaje. ¡Juan Diego, abre tu tilma!, que se lo quiero mostrar a todos esos mis hijos de Guadalupe y la humanidad.

Vestido de fiesta azul rodea su cara morena, única representación suya que ella nos quiso dejar. Pañuelo de olor a rosas, recuerdo de maternidad.

Virgen de la Asunción, yo quisiera una rosa como único deseo: que me dieras ver tu cuadro en mi último momento. Tantas veces te he mirado –miradas que eran un beso– sabiendo que tú me veías del otro lado del velo. Puerta del Cielo, María, Rosa azul, eres misterio. Espero ver el original cuando abandone este sueño.

15. EL MISTERIO DE LAS ESTRELLAS

La coronación como reina de todo lo creado



Porque aquel día será el día que yo me muera, cuando veré a mi Madre, sentada a la diestra de Dios, enjoyada como reina, quien tanto me amó y sirvió. Porque aquel día será el postrero de la historia, en el que todos la sabrán Madre de Misericordia, y será coronada por Dios para perpetua memoria. Porque aquel día será.

¡Quien fuera niña avecilla para poder volar, y acercarme a la ventana, y en su alféizar me posar, y mirar tras el cristal y descubrir el regalo, de reyes en Navidad.

María ha subido y ya es Reina. Quedamos pobres ante la puerta cerrada del Cielo, nada se ve. Ciegos, quisiéramos ser cesta para palpar lo que hay dentro y saber, con la ciencia de Dios, decir lo inefable del misterio celestial. No, no hay ventana, es de noche este misterio. Sólo un rayo de luz que dejó escapar Dios en su Sagrada

Escritura, nos hace intuir que está sentada junto al Rey, junto a su Hijo.

Regalo de reyes, de reina. Oh sorpresa de reyes guardada para cuando sea el momento –la muerte–, y luego, cuando se acabe el mundo y llegue el día de la verdad. Entonces serán los premios con toda publicidad, para que lo sepa el mundo en ese instante final. Antes del último acto será la coronación de María. Que quede patente su esfuerzo, su dolor y su valía, el amor que Dios le tiene y cuánto ella nos quería.

Reina. Sin connotaciones jurídicas o de poder. Reina porque protege, cuida y es madre, por eso se reconoce su autoridad, se le obedece y se rinde vasallaje. La autoridad es servicio, ayuda, preocupación. Por eso reinar es servicio, y servir es el reinar. Por eso Cristo en la Cruz reinaba sobre este mundo, atrayendo, orientando, causando el bien mejor.

Por eso coincide ser rey con el sacerdocio real, dedicación efectiva a las cosas de Dios y al bien de la humanidad. Por eso María es reina, por estar unida al Rey; más que por los lazos de sangre por su unión en la Cruz y en toda su vida mortal. No es el linaje de sangre lo que cuenta, ni el pertenecer a un pueblo, para la salvación; ni a un orden o a un estrato, como es el presbiteral; sino tener el alma de Cristo, su alma sacerdotal: correspondencia, servicio y dedicación total.

Reina se dice por ser primera, la criatura perfecta. La Mujer nueva desde su concepción, y así permaneció Virgen, Inmaculada hasta su transición al cielo.

Anticipo de lo que seríamos después de la redención. Categoría sobrenatural y humana, Señora. Criatura excelsa, la señal que nos fue dada.

María comenzó a ser Madre al cargar con la creación completa, momento de la Encarnación. Representante del cosmos y de los hombres, todos los tiempos y los espacios la miraba con la máxima expectación: Di que sí, no dudes, no te retardes, que si no para siempre quedaremos perdidos y disgregados –clamaban-. Y al aceptar, cargó con todos sobre su seno. Grávida de nosotros era y a Cristo nos entregaba, nos daba a luz en la creación nueva, de la que ella era primada. Criatura la más perfecta, reunió y entregó –como mejor representante– la creación entera a su Hijo anonadado. Primer misterio de gozo era.

Igualmente en la oscuridad del Sábado, reunidos mantuvo a los Apóstoles y las mujeres para que no se disgregasen, y entregarlos a Cristo cuando resucitara. Volvió a llevarnos a él, para que el mundo no se perdiera. Desde entonces, los sábados le dedicamos.

Por fin el quinto misterio de gloria, tercera y última fase de su mediación ascendente: gran preámbulo del acto final de la historia. Día de la resurrección de los muertos, de la universal presentación pública de todo lo que fue y sucedió. Segunda venida esperada de Jesús, resucitado, al toque de trompetas, sobre la nube. La Virgen, punta de lanza, entre las criaturas la más perfecta, ella nos llevará, no como gravosa carga sino como capitana, entregando todo a su Hijo. Y será coronada. Y después, el final: Cristo, entregará a Dios la creación completa y Dios será todo en las cosas todas.

Ella, el resto de Israel, la pobre de Yahvé, encauza y lleva la historia a su Hijo, medianera; hasta que se adelante a llevarle el mundo cuando se consume su glorificación postrera. La coronación del Hijo por el Padre será el final, pero antes precederá la coronación de la Madre.

Sobre los ángeles, Reina, y de los hombres que van al Cielo; de las estrellas, Madre. Reina del mundo entero.

Cantad a tres coros las criaturas –ángeles, estrellas y humanos– mientras el tiempo dura, ensayando el cántico final. Bendecid cielos al Señor, bendecid ángeles del Señor al Señor; bendecid sol y luna al Señor, bendecid estrellas del cielo al Señor; bendecid espíritus de los justos al Señor, bendecid santos y humildes de corazón al Señor. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu, gloria a la Santísima Trinidad coronando su obra maestra, y en ella a las demás.

En el Cielo no se aplaude, se ama, se mira y se bendice. Eso hacen ya los ángeles y los arcángeles; y los hombres entregados que allí están. Eso haremos los tres coros, rejuvenecidos, la creación entera –recitación última del canto del *Trium puerorum*– cada uno a su manera, tal como fuimos creados y recreados por el Padre, en el Verbo, con el Espíritu de la verdad; gracias a nuestra Madre y Señora. *Regina Coeli laetare, alleluia.*

Último misterio del Rosario en el postrer y principal día, la fiesta de Santa María, Reina y Madre de lo creado. Celebra toda la Iglesia el acontecimiento de su coronación, tercero y último acto de su maternidad mediación.

Corona de doce estrellas alrededor de María. Doce significa mucho pero no infinitud. Si millones son estrellas, representantes del cosmos, los ángeles son muchos más. De doce tribus benditas hubo otra multitud cual las arenas del mar. Doce por doce por doce los apóstoles, los cristianos de verdad. Varones, mujeres y estrellas, con los ángeles se juntarán, para honrar a la que es su Señora y Reina en aquel acto final.

La luna a los pies de la Virgen precede la salida del sol, como el sábado al domingo, que es el día del Señor. Luna que acompañó a los hombres en la oscuridad de la fe, siendo luz, marcando el tiempo, entre estrellas y entre ángeles, desde aquel amanecer en que aceptó ser Madre, María en Nazaret.

Sus hijos ya estamos de fiesta en la tierra, los que reconocemos su mediación ascendente –nos eleva–, y descendente –cascada de salvación–, dándole gracias a ella, a quien tanto le debemos, dándole gracias a Dios. El Rosario es triple diadema, corona de rosas con la que engalanar a nuestra Madre y Señora ya en nuestra vida mortal.

No podemos ver el Cielo, tenemos ilusión por llegar para descubrir la sorpresa por los reyes preparada, ¿qué será? Niños que desean ver a los Reyes de verdad: a los Tres que en el Cielo viven, y a la Reina ver su faz.

Es de noche, lo sabemos, aun con fe, en nuestra andanza Cuando María aceptó amaneció en lontananza y por este misterio último conocemos el final; vivimos con la esperanza de estar allí para ver y aclamar. El Rosario es alabanza, anticipo de ese triunfo uniéndonos a lo que será. Aunque sea noche el *ahora*, mirando a la Virgen fiel siempre es rosario de aurora.

* * *